

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte III: Un cuento de dos ciudades

13 – LA CIUDAD SECULAR

EN EL AÑO 410 D.C., UN REY VISIGODO, ALARICO, SITIÓ ROMA Y LA saqueó. La capital del Imperio Romano ya había sido sitiada por pueblos bárbaros con anterioridad. Partes del imperio ya habían caído en manos de ejércitos extranjeros. Pero el saqueo de Roma fue política y psicológicamente devastador de una manera que esos acontecimientos anteriores no lo habían sido. Roma había sido el amo del mundo. El imperio había permanecido en pie por más de mil años. Cuando cayó Roma, los ciudadanos del imperio (quienes sin duda no podrían asimilar la magnitud de la tragedia) buscaban a alguien o a algo a quién culpar.

No pasó mucho tiempo antes que la culpa recayera en los cristianos, como ya había sucedido casi cuatrocientos años antes por problemas mucho menores. Los paganos dijeron que la caída de Roma fue el resultado de haber abandonado el culto de los viejos dioses bajo cuya tutela Roma se había engrandecido. La causa de ese abandono, así decían, era debida al cristianismo.

Pero la providencia de Dios tenía un hombre particularmente preparado para esa época de la historia: Agustín de Hipona (en el norte de África).

En el año 412 d.C. comenzó una defensa sabia y rotunda del cristianismo llamada *La ciudad de Dios*, posiblemente su obra más conocida después de *Las confesiones*. Agustín pasó un largo tiempo escribiendo esa obra, la concluyó en el año 426 d.C. El resultado fue lo que los eruditos han llamado la primera verdadera filosofía de la historia. Contiene veintidós libros o capítulos. Los primeros diez responden a la acusación de los paganos, mostrando que el culto a los antiguos dioses no había protegido a Roma en los tiempos anteriores —habían habido muchos desastres militares y de diversos tipos— ni tampoco había protegido a otras ciudades o culturas. Por el contrario, el culto de las deidades paganas había sumido a Roma en el vicio, por lo que estos dioses eran notorios. Roma cayó como resultado de su propia corrupción. Luego, en los siguientes doce libros, Agustín desarrolló la filosofía de la historia propiamente dicha, mostrando que desde la primera rebelión de los ángeles caídos contra Dios "habían surgido dos ciudades que obedecían a dos amores: la terrenal, regida por el amor a uno mismo, y que podía llegar hasta menospreciar a Dios; y la celestial, regida por el amor de Dios, incluso hasta llegar al menosprecio de uno mismo".¹

En su obra, Agustín usó la palabra *ciudad* para referirse a dos sociedades. Una es la iglesia, compuesta por los elegidos de Dios. Su destino es gobernar al mundo. La otra es la sociedad terrenal, cuyos representantes más elevados son las culturas de las ciudades de Babilonia en la antigüedad y de Roma para la historia del pasado inmediato de Agustín. La ciudad terrenal está destinada a morir. En la segunda parte de su obra, Agustín rastrea los orígenes, la historia y el destino final de las dos sociedades.

No todos han estado de acuerdo con la interpretación de la historia que realiza Agustín, por supuesto. Los pensadores seculares no han estado de acuerdo, y hasta los propios cristianos han disentido con él en mayor o en menor parte. Pero, sin embargo, la tesis central de *La ciudad de Dios* merece ser escuchada nuevamente. La ciudad de Dios tuvo mucha influencia en el tiempo de la Reforma, constituyendo la base de la doctrina de Martín Lutero y de Juan Calvino sobre los dos reinos. Necesita volver a ser influyente hoy en día, en particular en nuestra época donde la línea que separa lo secular

de lo sagrado ha sido sistemáticamente desdibujada. Los cristianos necesitamos volver a atrapar lo que significa ser "hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa", en medio de la cual hemos de resplandecer "como luminarias en el mundo" (Fil 2:15).

Dos ciudades

En el siglo veinte, ha habido tanto énfasis sobre lo secular (incluso sobre la secularización del cristianismo) que podríamos preguntarnos si la doctrina de las dos ciudades todavía está vigente. ¿Acaso las preocupaciones del mundo no deben ser también las preocupaciones de los cristianos? La respuesta a cada una de estas preguntas es "Sí". La iglesia debe ministrar al mundo. Debe compartir las preocupaciones del mundo. Pero decir esto no es acabar con el tema, hay todavía más. Aunque la iglesia está en el mundo, no es del mundo. Aunque comparte muchas de las preocupaciones de los hombres y mujeres que no son cristianos, tiene preocupaciones que ellos no conocen.

Lo más importante que podemos decir de las dos ciudades (sea cual sea el nombre que se le asigne a ellas) es que esta distinción la podemos encontrar a lo largo de toda la Biblia. Encontramos la primera mención en Génesis 3:15 en las palabras de Dios a la serpiente, después de la tentación y la caída de Adán y Eva. La serpiente, que estaba en rebeldía contra Dios, había conducido al hombre y la mujer a la rebelión, y Dios ahora se les aparecía para juzgarlos.

Maldijo a la serpiente. Y luego dio su palabra de decreto y profecía: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Podemos apreciar tres conjuntos de antagonistas: la serpiente y la mujer, los descendientes de la serpiente y los descendientes de la mujer, y Satanás mismo y el supremo descendiente de la mujer, Jesucristo. Tenemos aquí las divisiones en conflicto unas contra otras. Pero la victoria de la simiente divina de la mujer será asegurada por la victoria final de su descendiente específico, Jesucristo.

Si el texto de Génesis 3:15 fuera el único pasaje en que basamos, podríamos creer que el segundo contraste es entre los demonios (la simiente de la serpiente) y la humanidad. Pero no se trata ese del caso, como queda en claro en los siguientes dos capítulos de Génesis. Es cierto que hay antagonismo entre los ángeles caídos y los hombres y las mujeres *creyentes*. Pero también existe conflicto entre los ángeles santos y los ángeles caídos y entre los hombres y las mujeres *creyentes* y quienes no creen. Los capítulos 4 y 5 del Génesis muestran que el antagonismo planteado en 3:15 es entre los hombres y mujeres que confían en Dios y quienes no confían en él.

La primera ilustración es el conflicto entre Abel y Caín. Caín era el primogénito de Adán y Eva (nacido después de la Caída), y su nombre en hebreo significa esencialmente "Posesión", o de manera coloquial, "¡Aquí estoy!". Adán y Eva habían escuchado la promesa de Dios de proveer un libertador que aplastaría la cabeza de Satanás. Entonces, cuando nació Caín pueden haber supuesto que él sería este libertador. Con el transcurso del tiempo, en lugar de ser un salvador, Caín resultó ser un asesino. Con los años, Caín sintió celos porque Dios había preferido la ofrenda de su hermano Abel y no la suya, y lo mató.

El motivo de los celos de Caín es muy importante, ya que está relacionado con los medios como debemos aproximarnos a Dios. Caín había traído una ofrenda del campo, el resultado de su propio trabajo. Abel, en cambio, había traído un cordero, que luego mató y lo ofreció como sustituto inocente cargando la culpa que Abel reconocía como propia. No sabemos cuánto entendía Abel sobre los medios apropiados para aproximarse a Dios mediante el sacrificio (que estaba anticipando el supremo y único sacrificio verdaderamente efectivo de Cristo). Pero en el libro de Hebreos, Abel es alabado por haber hecho lo que hizo mediante la fe. "Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella" (He 11:4). El punto esencial es que Abel vino a Dios de la manera correcta y Caín, en cambio, no. Cuando Dios aceptó la ofrenda de Abel y rechazó la de Caín, Caín se enojó y asesinó a su

hermano. En estos dos hermanos vemos los primeros ejemplos de las dos humanidades.

El resto del capítulo 4 de Génesis y el siguiente capítulo nos muestran cómo la posición que asumieron estos dos hermanos dio nacimiento a dos culturas diferentes. Caín fue desterrado y se convirtió en un peregrino sobre la tierra, y sus descendientes son enumerados: Enoc, que edificó una ciudad; Irad, el hijo de Enoc; Mehuj ael, y por último, Metusael, el padre de Lamec. Lamec recibe una mención especial como una ilustración de lo que estaba sucediendo en la línea de quienes caminaban en el "camino de Caín" (Jud 11). Tuvo tres hijos: Jabal, de quien se nos dice "fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganado"; Jubal, que "fue padre de todos los que tocan arpa y flauta"; y Tubal-caín que fue "artífice de toda obra de bronce y de hierro" (Gn 4:20-22).

Si bien breve, estas descripciones nos hablan sobre una cultura bastante bien desarrollada. Pero se trataba de una cultura cruel e impía: "Y dijo Lamec a sus mujeres: Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: que un varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe. Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será" (vs. 23-24). Es la historia de un hombre jactándose de un asesinato y, como parece estar expresado en forma poética, escribiendo una canción sobre él mismo. Está diciendo: "Miren que buena persona soy. Un joven me lastimó, y yo lo maté. Simplemente lo maté. Esto va a servir para enseñar a la gente que no se entrometa con Lamec".

Como lo expresa Francis Schaeffer en su análisis de este incidente: "Tenemos por un lado una cultura humanista sin Dios. Es el egoísmo y el orgullo cuyo centro es el hombre; esta cultura ha perdido el concepto no sólo de Dios sino el concepto del hombre que ama a su hermano".²

Se introduce, entonces, en Génesis 5, la línea de Set, de los que confían en Dios. Set ocupó el lugar de Abel, que había sido asesinado, y su descendencia siguió a través de Noé y su familia, los únicos sobrevivientes del diluvio. Los nombres en esta línea son Set, Enós, Cainán, M~aleel, Jared, Enoc, Matusalén, Lamec y Noé. Dos de ellos son mencionados en Hebreos 11: Enoc, de quien se nos dice que "tuvo testimonio de haber agradado a Dios" (vs. 5) y Noé, de quien se escribe: "Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe" (vs. 7).

Estas líneas pueden ser rastreadas a lo largo de la historia, como lo hizo Agustín en *La ciudad de Dios*. La línea de los impíos es posible rastrearla en las culturas universales. La línea de los que confían en Dios está en Abraham y sus descendientes, los fieles dentro de Israel, y dentro de la iglesia.

Babilonia y Jerusalén

Las dos sociedades pueden ser rastreadas no sólo por una sucesión de individuos fieles e impíos. La Biblia también traza un contraste al comparar a dos ciudades literales: Babilonia, que epitomiza la ciudad terrenal y sus metas, y Jerusalén, que simboliza las metas y la sociedad del pueblo de Dios. Babilonia fue fundada en los tiempos antiguos, creció, y eventualmente sitió y derribó a la Jerusalén terrenal y luego, a su vez, fue derribada y abandonada. Hoy es un desierto. Jerusalén fue fundada, sitiada, derribada por Babilonia —pero luego fue vuelta a fundar—. En el libro de Apocalipsis estas ciudades literales son presentadas como símbolos significativos de dos culturas. Ahí, como en la historia efectiva, Babilonia es derribada ("Ha caído, caído la gran Babilonia" —Ap. 18:2). Jerusalén fue reconstituida como una nueva "santa ciudad" descendiendo "del cielo, de Dios" (Ap 21:2), la cual ha de permanecer para siempre.

La característica principal de la ciudad secular, ilustrada por la Babilonia terrenal, es su humanismo secular radical, que puede ser descrito como siendo del hombre, por el hombre, y para el hombre exclusivamente. Cuando decimos que es del hombre queremos decir que está limitada por el hombre y por sus horizontes; no tiene lugar para Dios. Por el hombre significa que el hombre es el creador de esta ciudad; tiene sus valores. Para el hombre indica que su meta es la gloria del hombre.

La Babilonia de Nabucodonosor en los días del profeta Daniel es la ilustración bíblica más clara de estos elementos. Era el punto focal del conflicto entre Nabucodonosor, que corporizaba la ciudad secular, y Dios, que operaba a través de Daniel y sus amigos. La clave para el libro está en los versículos iniciales, que dicen que después que Nabucodonosor había sitiado y conquistado a Jerusalén (aunque fue "el Señor [que] entregó en sus manos a Joacim rey de Judá"), tomó parte de los utensilios sagrados del tesoro del templo y los llevó a Babilonia y los colocó en "la casa del tesoro de su dios" (Dn 1:2). Esta era la manera que Nabucodonosor tenía para decir que sus dioses eran más poderosos que Jehová. Y así parecía ser. Dios había permitido que Nabucodonosor venciera al pueblo de Judá en castigo de sus pecados. Pero la rebelión de Nabucodonosor fue más lejos. Era la rebelión de un humanismo que buscaba eliminar a Dios completamente. Podríamos pensar, por la disposición de los utensilios del templo, que esta es la historia de la lucha entre Jehová y los dioses de Nabucodonosor. Sin embargo, se trata en realidad de la lucha entre Jehová y Nabucodonosor mismo, como lo muestra el desarrollo de la historia.

Una tarde, Nabucodonosor tuvo un sueño que involucraba una imagen enorme de oro, plata, bronce y hierro. La cabeza era de oro. Representaba el reino de Nabucodonosor y era la manera en que Dios reconocía que Babilonia era sin duda magnífica. Pero, como Dios continuó señalándolo, luego de Babilonia vendría otro reino, representado por los brazos y el tronco de plata de la figura; el segundo reino sería sucedido por otro, representado por la porción media de la figura, de bronce; y luego ese reino sería sucedido por otro reino representado por los pies de hierro. Sólo al final de ese período vendría el reino eterno de Dios en Cristo y derribaría a todos los demás, crecería y llenaría la tierra. En esta visión, Dios le estaba diciendo a Nabucodonosor que él no era tan importante como creía y que era Dios mismo quien gobernaba la historia.

En el siguiente capítulo se nos dice que Nabucodonosor erigió una enorme estatua de oro en el campo de Dura. Superficialmente, esto parecía ser sólo el gesto sin sentido de un monarca vanidoso que insistía en que la estatua fuese adorada como el símbolo de la unidad del imperio. Cuando leemos la historia con la visión de la estatua del capítulo dos, sin embargo, podemos apreciar que este episodio en realidad muestra la rebelión de Nabucodonosor contra el decreto de Dios. No se trata de Dios luchando contra los dioses de Nabucodonosor, sino que es el propio Nabucodonosor que está desafiando los pronunciamientos de Dios. Dios había dicho: "Tu reino será sucedido por otros reinos, reinos de plata, bronce y hierro". Nabucodonosor respondió: "No, mi reino permanecerá para siempre, siempre será glorioso. Crearé una estatua que no tendrá sólo la cabeza de oro, sino los hombros, los muslos y las piernas también serán de oro. Representará a mi persona y mis descendientes para siempre". La relación personal del rey con la estatua es lo que explica su reacción tan violenta cuando los tres hombres judíos se negaron a arrodillarse frente a ella.

También explica la reacción violenta de la mente secular a las afirmaciones que el cristianismo realiza hoy en día. No se trata sólo de una cuestión del Dios cristiano contra los otros dioses, donde cada individuo supuestamente cree que su dios es el verdadero. Es la rebelión de los seres humanos contra Dios. Dios es aquel frente a quien somos responsables, pero los hombres y las mujeres caídos no quieren ser responsables frente a nadie. Desean gobernarse a sí mismos. Desean excluir a Dios hasta de su propio universo y limitar sus horizontes a lo secular.

Lo secular y lo sagrado

En los Estados Unidos de América del siglo veinte el secularismo es claramente apreciado en la doctrina de la separación entre la iglesia y el estado. La doctrina de la separación entre la iglesia y el estado en un principio significaba que cada una de estas instituciones debía funcionar por separado, los reyes o los presidentes no tendrían potestad de designar a las autoridades eclesíásticas o dirigir a la iglesia, y las autoridades eclesíásticas no tendrían autorización para nombrar a los reyes o los presidentes. Sin embargo, siempre se entendió que tanto la iglesia como el estado eran responsables ante Dios en cuya sabiduría ambas habían sido establecidas. Eran dos siervos independientes que respondían al mismo

patrón. Si bien ninguna de estas instituciones podía gobernar a la otra, cada una debía recordarle a la otra que sus deberes habían sido designados por Dios y si una de ellas se desviara, la otra debía exhortarla a regresar a una conducta recta y fiel a Dios. En la actualidad, sin embargo, los miembros de la iglesia, principalmente, entienden que la doctrina sobre la separación de la iglesia y el estado significa que la iglesia es irrelevante para el estado —aunque el estado crecientemente hace que su filosofía secular influya sobre la iglesia—. Es así como los cristianos se alejan de la política, y hasta dejan de mantenerse informados sobre los temas nacionales e internacionales. Como resultado, la afirmación de los principios espirituales y morales queda eliminada de los debates sobre política nacional o internacional. El estado se convierte en su propio dios y su principio operativo fundamental es el pragmatismo.

Un segundo ejemplo de cómo la sociedad actual es humanista hasta el punto de excluir a Dios es la filosofía de la evolución, dominante en casi todo el pensamiento contemporáneo y extendida en casi todas las demás ramas. Hay diversos motivos para la popularidad de la evolución, por supuesto. Primero, de acuerdo con la corriente de pensamiento evolucionista, todo es factible de ser conocido. Todo es el resultado de algo previo, y la secuencia de causa y efecto puede ser rastreada indefinidamente hacia el pasado. Dicho enfoque es obviamente atractivo. Segundo, la realidad tiene una explicación: la supervivencia del más apto, sea de forma biológica, sea un gobierno o un ideal. Tercero, y esta es posiblemente la principal razón de la popularidad de la teoría de la evolución, la evolución elimina a Dios. Si es posible explicar todo como el desarrollo o la consecuencia de causas previas, entonces es posible desterrar a Dios a un reino fuera de este mundo y hasta eliminarlo completamente, como lo han hecho muchos, y hasta algunos que se llaman teólogos.³

Que la ciudad secular sea también *por* el hombre y *para* el hombre surge del resto del relato de Nabucodonosor. Un día, un año o más después del incidente anterior, Nabucodonosor estaba caminando sobre el tejado de su palacio real en Babilonia y observó la ciudad. Estaba impresionado por su magnificencia. Juzgándose a sí mismo como el responsable de dicha magnificencia, tomó sobre sí la gloria que debería haberle dado a Dios. Dijo: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? (Dn. 4:30). Esta afirmación era una declaración que la ciudad terrenal había sido edificada por el hombre y *para* la gloria del hombre.

En un sentido era cierto. Nabucodonosor había construido la ciudad, y sus conquistas la habían llevado al nivel que tenía de esplendor arquitectónico. La había construido para su gloria, como surge de su propia jactancia, de su satisfacción consigo mismo. Su error fue que se había olvidado que en último término era Dios quien gobernaba los asuntos humanos y que los logros de cualquier gobernante son posibles sólo por causa de los dones de Dios a la humanidad.

¿Todavía está presente hoy el espíritu de Nabucodonosor? Sin duda. Siempre ha estado presente, ya sea explícitamente o apenas por debajo de la superficie de la cultura de la ciudad secular. El "Himno al Hombre" de Algernon Charles Swinburne constituye un ejemplo.

Pero Dios, si es que hay un Dios, es
La sustancia de los hombres que es el Hombre.
Tu muerte está sobre ti, oh Señor.
Y la canción de amor de la tierra mientras mueres
Resuena a través del viento de sus alas—
¡Gloria al Hombre en las alturas!
Porque el Hombre es el señor sobre todo.⁴

El hombre no es el señor. La presunción de esta afirmación es un pecado que Dios no tolerará. Dios ha prometido derribar la ciudad secular.

Lo hizo en el caso de Nabucodonosor. Nabucodonosor se había juzgado a sí mismo como superior a

todos los que había a su alrededor debido a sus proezas políticas; tan superior se creía que no tenía necesidad de Dios. Entonces Dios le habló para mostrarle lo equivocado que estaba. Dijo: "A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere" (Dn 4:31-32). Este juicio entró en vigencia inmediatamente. Nabucodonosor enloqueció y fue echado fuera de la ciudad. El texto dice: "En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves" (vs. 33). Cuando Dios hizo que Nabucodonosor descendiera de su pináculo de orgullo hasta la bajeza de la locura y se comportara como una bestia, Dios estaba indicando que este sería el resultado que debería esperarse cuando los humanos usurparan su gloria para sí mismos e intentaran eliminar a Dios de sus vidas. Se convertirían en algo peor que las bestias —porque las bestias, cuando se asemejan a las bestias, al menos se comportan como se comportan las bestias, mientras que, por el contrario, nosotros cometemos crímenes que las bestias son incapaces de concebir.

La ciudad de Dios

En oposición a la ciudad secular se levanta la ciudad de Dios. No se trata de una ciudad visible, de la manera como los reinos de este mundo son visibles. El mundo puede decir que la ciudad de Dios es una ilusión. Pero si bien es invisible no es ilusoria. En realidad, es la única que es sustancial, ya que todas las ciudades de este mundo están en proceso de desaparición.

Dios es su vida. Esto es así ahora, pero lo será en su plenitud cuando la nueva Jerusalén se levante de las ruinas de la antigua. En su descripción de la ciudad santa, Juan dice que esa nueva ciudad no tendrá templo porque "el señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero" (Ap 21:22). Escribió: "Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Ap 21:3). Esta ciudad es creada por Dios y no por el hombre. Existe para su gloria.

Todos los hombres y las mujeres nacen en la ciudad secular. Nadie nace en la ciudad celestial naturalmente. Pero es posible entrar en la ciudad de Dios por el nuevo nacimiento por medio de la fe en el Señor Jesucristo como Salvador. Jesús dijo: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn 3:3).

Las puertas de esa ciudad están abiertas para todo aquel que desee entrar. El Nuevo Testamento, hablando sobre Abraham, nos dice: "Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (He 11:9-10).

Mientras buscamos entrar podemos ser animados por el hecho que evidentemente hasta Nabucodonosor recibió el mensaje. Después de siete años de castigo recobró sus sentidos y confesó que el Dios que antes había llamado el Dios de Daniel (Dn 2:47), ahora también era su Dios. "Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" (Dn 4:34-35). Sus últimas palabras fueron: "Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia" (vs. 37).

Cuando nos humillamos, nos encontramos exaltados en el papel que Dios nos ha llamado para desempeñar y nos alegramos como ciudadanos de esa ciudad celestial que nunca pasará.

Notas

1. Augustine, *The City of God*, libro 14, capítulo 28, en *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, vol. 2, ed. Philip Schaff (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1977), pp. 282-83.
2. Francis A. Schaeffer, *Genesis in Space and Time: The Flow of Biblical History* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), p. 114.
3. No todos los evolucionistas son motivados por cada uno de estos tres deseos: Ya que hay científicos cristianos que aceptan una hipótesis evolutiva teísta, evidentemente ellos no son influenciados por estos impulsos. Sin embargo, todavía sostengo que el atractivo del enfoque evolutivo y la influencia general que tiene sobre la vida contemporánea está basado en la eliminación de Dios como un factor en los asuntos humanos.
4. Philip Edgcumbe Hughes, *Christianity and the Problem of Origins* (Philadelphia: Presbyterian and Reformed Pub. Co., 1974), p. 11.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte III: Un cuento de dos ciudades

14 – LA IGLESIA SECULAR

LA DISCUSIÓN SOBRE LA CIUDAD SECULAR NOS CONDUCE NATURALMENTE a la ciudad de Dios, la dirección en que se dirigía el último capítulo. Pero antes de entrar en más consideraciones sobre la ciudad de Dios necesitamos analizar un punto de vista que adquirió notoriedad en la década del sesenta, y que, todavía es posible decir, caracteriza a gran parte, si no a la mayoría, de la teología moderna.

Este punto de vista niega la distinción entre lo secular y lo sagrado, diciendo que una de dos, o la vida no tiene una dimensión sagrada o que lo sagrado y lo secular son una misma cosa. Dice que los cristianos son llamados no para ser algo fuera de este mundo, sino para ser de este mundo. Han de olvidarse de Dios y seguir con la tarea de ser humanos en un mundo del cual Dios se ha evaporado. Lo singular de esta postura, que la diferencia de otras expresiones del pensamiento secular, es que es sostenida por un número de así llamados teólogos cristianos, así como también por la jerarquía de muchas denominaciones cristianas.

Los teólogos de la "muerte de Dios", que recibieron tanta publicidad a mediados de la década del sesenta, fueron un ejemplo claro: Thomas J. J. Altizer, William Hamilton, Gabriel Vahanian y Paul van Buren. Los puntos de vista del profesor de la Facultad de Teología de Harvard, Harvey Cox, y de John A. T. Robinson, el obispo de Woolwich, Inglaterra, fueron citados ampliamente. Desde entonces, han surgido miles de funcionarios eclesiásticos y otros teólogos más originales pero menos conocidos, quienes intentaron ser radicalmente seculares. Escribieron sobre el "hombre mayor de edad", una frase extraída de los escritos de Dietrich Bonhoeffer. Algunos se referían a su perspectiva como un "cristianismo mundano".

La secularización cristiana

El mejor ejemplo de "secularización cristiana" es Harvey Cox, cuyo libro *The Secular City* ("La ciudad secular") cayó como una bomba en 1965. Aunque Cox luego repudió algunas de sus ideas, *The Secular City* es todavía el mejor ejemplo de este punto de vista por dos razones: (1) Cox consideraba que la ciudad secular es algo positivo, algo que debe ser afirmado y aplaudido, en lugar de ser negado; y (2) Cox sostenía que la tradición judeo-cristiana en sí misma nos conduce a considerar la secularización positivamente.

Cox encuentra una base bíblica para la segunda afirmación en tres áreas. Primero, cree que el relato de la creación del libro de Génesis nos enseña el "desencantamiento" de la naturaleza. El hombre presecular vivía en un mundo donde los árboles, las rocas, los valles, los huertos, las sequías y las tormentas tenían vida, estaban llenos de espíritus benignos u hostiles. Dondequiera que miraran, las personas estaban confrontadas con fuerzas misteriosas que debían ser controladas, aplacadas y evitadas. En Génesis esta perspectiva fue radicalmente revertida. Dios y los seres humanos son diferenciados de la naturaleza, con el resultado que entonces los seres humanos podían considerar a la naturaleza despreocupadamente. Ahora la naturaleza es simplemente naturaleza, es natural. Está allí para ser utilizada. Cox llama a esto el desencantamiento del mundo natural, una "condición previa absoluta" para el desarrollo de las ciencias naturales y para el surgimiento consecuente de la tecnópolis

moderna. Dice que, en este sentido, el relato de la creación de Génesis es en realidad una forma de "propaganda atea".¹

Una segunda área donde la tradición judeo-cristiana ha conducido a la secularización es la política, cuyos orígenes, según Cox, los hallamos en el éxodo judío de Egipto. En las sociedades preseculares los que gobernaban lo hacían por derecho divino. Por lo tanto, la rebelión contra cualquier gobernante debidamente instalado era una rebelión contra Dios o contra un dios. El éxodo cambió esta perspectiva. Había aquí un acto de desobediencia civil o de rebelión que era sancionado por el Dios hebreo. Cox escribe: "Como tal, simbolizaba la liberación del hombre de un orden sagrado-político y su ingreso en un mundo donde el liderazgo político estaría bagado únicamente en el poder obtenido por la capacidad para alcanzar objetivos sociales específicos"². El punto de vista antiguo y sagrado sobre la política no desapareció inmediatamente, por supuesto. El pueblo judío fue tentado repetidas veces para volver a la política sagrada, especialmente durante la época de la monarquía.

La lucha entre el papa y el emperador volvió a dramatizar la misma tentación en la Edad Media. En la historia contemporánea, de acuerdo con Cód, la iglesia estatal inglesa, presidida por el arzobispo de Canterbury, y el uso de la Biblia para realizar el juramento de oficio del presidente de los Estados Unidos, son remanentes de este punto de vista anterior. Pero estas acciones tienen poca sustancia, y la política puede ser considerada como siendo completamente secular excepto en algún país del Tercer Mundo como Nepal.

Una tercera área de la desacralización bíblica es el pacto de Sinaí, que Cox llama la "desconsagración de los valores". Con esto quiere decir que los valores o las normas morales son relativas. Si nos preguntamos cómo es posible que alguien sea capaz de decir esto —en el Sinaí, de todos los lugares posibles, que fue el lugar donde Dios entregó la que siempre ha sido considerada como una ley absoluta y moral— la respuesta, según Cox, radica en la oposición a la idolatría que aparece ahí (Ex 20:3). Era porque los judíos creían en Jehová y no en los dioses de los paganos que sus valores fueron relativizados.

Sobre esta base supuestamente bíblica, Cox cree que el hombre moderno junto con su tecnología, su urbanidad y su pragmatismo es el producto de la fe bíblica y de las fuerzas históricas divinas. Este hombre vive en la ciudad secular de la cual para todos los fines prácticos Dios ha sido eliminado. Disfruta de una libertad que le ha sido hecha posible por la tecnología y que es sustentada por una privacidad casi completa. Los valores son privados, en la medida en que cada uno es libre para vivir como él o ella lo deseen. Cox llama a los cristianos a respaldar este enfoque. Escribe: "Sin duda que quienes tengan una orientación hacia la realidad moldeada por la fe bíblica, difícilmente de buena fe ocuparán las filas de los adversarios de la secularización. Nuestra tarea ha de ser alimentar el proceso de secularización, para evitar que se fragüe en una visión del mundo rígida, y de explicar, tantas veces como sean necesarias, como sus raíces están en la Biblia. Además, deberemos estar siempre precavidos contra los movimientos que intenten poner un freno o revertir la ola liberadora de la secularización".³

Volviéndose hacia la sabiduría del mundo

¿Cómo es posible explicar la tremenda atención y aclamación que recogió el libro de Cox con motivo de su publicación? La razón de dicha aclamación era que la secularización de la iglesia, que Cox estaba describiendo, ya estaba encaminada; es más, ya estaba atrincherada en algunas burocracias eclesiásticas. En consecuencia, cuando apareció *The Secular City*, dichas personas lo alabaron como la justificación teórica de un estilo de vida y de una política denominacional que ya estaban siguiendo.

Un elemento presente en esta secularización de la iglesia, que sin duda precedió a Cox, fue el cambiar la antigua sabiduría de la iglesia (contenida en las Escrituras) por la sabiduría del mundo. En épocas anteriores, el pueblo cristiano frente a la Palabra de Dios confesaba su ignorancia de las cosas espirituales. Hasta confesaban su incapacidad para comprender lo que estaba escrito en las Escrituras

por sí solos, aparte de la gracia de Dios en el ministerio del Espíritu Santo. El pueblo cristiano confesaba su resistencia natural a las enseñanzas de Dios. En nuestra época, esta vieja sabiduría, que constituye la fuerza de la iglesia, ha sido dejada de lado. La voz con autoridad, reformadora, que proviene de Dios a través de las Escrituras, ha sido dejada en el olvido.

Cierta vez estaba participando en una serie de Conferencias de Moderadores de la Iglesia Unida Presbiteriana, de los Estados Unidos de América. En una de esas ocasiones, un profesor de un seminario teológico contradecía todo lo que yo expresaba. Yo había esperado que vinieran contradicciones de algún lado, pero las palabras que este hombre utilizó fueron tan fuertes que quedaron grabadas en mi mente. Había hablado sobre el Cristo histórico, pero este profesor desaprobaba violentamente mi postura. Decía: "Debemos comprender que cada uno de los evangelios fue escrito para corregir a los otros evangelios. Así que es imposible hablar del Cristo histórico". Luego, como yo también había dicho algo sobre la segunda venida del Señor, dijo: "Tenemos que entender, de una vez por todas, que las cosas siempre van a continuar siendo como son y que Jesucristo nunca va a regresar".

No se trata este de un incidente aislado. Un pastor, que había sido un líder activo para la causa evangélica, me dijo que luego de haber hablado sobre un asunto en particular en una reunión de presbiterio, otro ministro le increpó: "¿Por qué siempre tienes que citar la Biblia cuando estás argumentando? ¿Acaso no sabes que ya nadie cree en la Biblia?" Entonces, como mi amigo se había referido al apóstol Pablo en esa Ocasión, su crítico agregó: "Después de todo, el apóstol Pablo no era infalible".

Veo cuatro consecuencias como resultado de esta capitulación ante el mundo. Primero, ha producido un estado lamentable de inseguridad y falta de certezas entre los líderes de la iglesia. Por supuesto, esto suele ser encubierto. Pero en ocasiones, es planteado honestamente, como en estas palabras del discurso inaugural de Robin Scroggs, profesor de Nuevo Testamento del Seminario Teológico de Chicago: "No estamos, por lo tanto, en un lugar seguro. No hemos encontrado ningún estándar del pasado con suficiente autoridad para indicarnos lo que debemos decir y cómo debemos vivir. Tampoco tenemos una firme comprensión sobre nosotros mismos basada en nuestra experiencia inmediata. Nos encontramos, en cambio, en el abismo de la inseguridad continua, donde sólo la tensión entre el presente y el pasado nos impiden caer en el caos... No tenemos ninguna certeza que el lugar donde nos encontramos es el mejor o el lugar definitivo donde quedarnos."⁴

Un segundo resultado es el vuelco que la iglesia está haciendo hacia el mundo y sus valores. Uno de los analistas del movimiento de secularización en la teología actual es John Macquarrie –clasificado como un teólogo secular o de proceso–. En su estudio sobre la historia intelectual de muchos teólogos seculares, *God and Secularity* ("Dios y la secularidad"), describe a muchos de estos hombres como "Barthianos desilusionados".⁵ Como Karl Barth negaba que la Biblia era la Palabra de Dios, y decía que era sólo el testimonio del hombre sobre la Palabra de Dios, y como Barth enfatizaba la trascendencia o el ocultamiento de Dios, quienes le sucedieron se preguntaron si era posible que algo fuese, honestamente, una revelación. Y si no, si no era posible tener la seguridad de dicha revelación, entonces el mundo secular con sus palabras vacilantes pero audibles era el único lugar donde recurrir en busca de dirección.

Un tercer resultado del abandono de las Escrituras como la sabiduría de Dios dada a la iglesia es una dependencia pragmática sobre el voto mayoritario del cincuenta y uno por ciento; la validación de los valores, las metas, los objetivos y los programas por consenso. Si los pueblos derriban una autoridad trascendente, inevitablemente una autoridad terrenal habrá de ocupar el lugar de las Escrituras.

Una consecuencia final del abandono por parte de la iglesia de la sabiduría de Dios es que la iglesia se convierte en irrelevante (como sin duda hasta el propio libro de Cox, *The Secular City*, debe parecer irrelevante a los hombres y las mujeres seculares). Esto es apreciado por todos y no sólo por los evangélicos. Hablando a principios de los setenta en una reunión de la Consulta sobre la Unión de la

Iglesia en Denver, Peter Berger de la Universidad de Rutgers, criticó la falta de autoridad de las iglesias, que las convertía en irrelevantes. Argumentó:

Si ha de tener lugar un renacimiento de la religión, sus portadores no serán quienes discuten entre sí sobre la manera de "ser relevantes al hombre moderno"... Las grandes erupciones de fe religiosa siempre se han caracterizado por la aparición de personas con convicciones fumes, sin compromisos de ningún tipo, que no se disculpan ante nadie —es decir, por personalidades todo lo contrarias a las que actualmente están participando en los diversos programas de "relevancia". Dicho en pocas palabras: Siglos de fe están marcados por la proclamación y no por el "diálogo"... Me animo a afirmar que la preocupación por las estructuras institucionales de la iglesia será en vano si no está acompañada por una nueva convicción y una nueva autoridad en la comunidad cristiana.⁶

Volviéndose a la teología, los programas y los métodos del mundo

No es sólo en el área de la sabiduría del mundo que la iglesia ha caído en el secularismo. También ha capitulado en las áreas de la teología, los programas y los métodos del mundo. La teología del mundo es fácil de definir. Según este punto de vista, los seres humanos son básicamente buenos, nadie está en realidad perdido, y creer en Jesucristo no es necesario para la salvación. Esta capitulación es común en algunos círculos eclesiásticos. Cuando estaba hablando en aquellas Conferencias de Moderadores, parte de mi ensayo se refería a la humanidad perdida. Lo planteé como una motivación para la misión: llevamos el evangelio de Jesucristo a los otros porque sin este evangelio están perdidos. En todas las consultas, esa parte de mi ensayo provocó ira por parte de quienes lo escuchaban. Algunos estaban enfurecidos. Casi todos estaban insatisfechos. Cada vez que comenzaba a tratar ese punto del ensayo, la gente comenzaba a moverse en sus asientos, a toser, a inquietarse. Cuando terminaba, era la parte del ensayo que provocaba más objeciones.

Es así como los términos teológicos, que siempre hemos utilizado y que la iglesia continúa usando (porque es parte de su herencia), están siendo redefinidos. Las personas todavía hablan sobre el pecado, la salvación, la fe y sobre muchos otros términos bíblicos. Pero, habiendo adoptado la teología del mundo, estos términos no significan lo mismo que cuando son utilizados por los evangélicos, que los utilizan bíblicamente. Así, el pecado significa, no la rebelión contra Dios y su justa ley, frente a la cual todos habremos de rendir cuenta, sino la ignorancia y simplemente la opresión presente de las estructuras sociales. Como el pecado es reubicado en el sistema, la manera de superarlo será claramente no por la muerte de Jesucristo sino por el cambio de las estructuras, ya sea por medio de la legislación o por la revolución.

Según esta perspectiva, *Jesús* se convierte no en Dios encarnado que vino a morir por nuestra salvación, sino en el modelo para la vida creativa. Debemos, por lo tanto, mirar a Jesús para tenerlo como un ejemplo, y no como nuestro Salvador. En algunas formas de esta teología hasta es considerado ser lo que podríamos llamar la cima evolutiva de la raza, la cima que se supone todos debemos alcanzar.

La *salvación* es definida, no como la definiría la antigua teología, como "el estar bien con Dios", o "Dios tomando los pasos para redimirnos en Cristo" sino como la liberación de la opresión de las estructuras de este mundo.

La *fe* no es más creer en Dios y tomar en serio su Palabra, sino que es estar conscientes de la situación tal como nosotros la percibimos. Este enfoque está estrechamente relacionado con el marxismo, ya que los marxistas dicen que el compromiso con el comunismo surge de tomar conciencia de la opresión y comenzar a hacer algo para acabar con la opresión.

La evangelización también es redefinida. Ya no significa más llevar el evangelio de Jesucristo a un mundo que se pierde, sino el luchar para desterrar la injusticia.

Nuevamente, tenemos el asunto de los programas. Significa que con relación al orden de prioridades las preocupaciones de la iglesia deberían ser las preocupaciones del mundo, hasta el punto de excluir el evangelio. Si la principal ocupación del mundo es el hambre, esa debería ser también nuestra primer preocupación. Si se trata de los problemas del tercer mundo, esa debería ser nuestra preocupación primaria. El racismo. La ecología. La crisis energética. La ancianidad. El alcoholismo. Cualquier cosa que podamos leer en el periódico de la tarde debería ocupar el primer lugar en nuestras mentes. Al reconocer este peligro no deseamos irnos para el otro extremo y sugerir que hay áreas de la vida que no le interesan a Dios, y por lo tanto tampoco a la iglesia. Esto sería caer en un dualismo que estaría negando la soberanía de Dios sobre todas las cosas. Lo que significa es simplemente que no 'deberíamos permitir que estas preocupaciones eclipsaran el evangelio. Si eso sucede, la iglesia perderá su marco de referencia, el único lugar desde donde puede decir algo verdaderamente singular y desde donde puede realmente ayudar a resolver estos problemas.

Por último, la capitulación ante el mundo de amplios segmentos de la iglesia organizada se ve en los métodos de la iglesia. Los métodos de Dios son la oración y el poder del evangelio, a través del cual el Espíritu Santo mueve al pueblo de Dios para que se vuelva de sus malos caminos y pueda restaurar su tierra. Estos métodos siempre han constituido la fuerza de la iglesia de Cristo. Hoy este poder es menospreciado por las grandes denominaciones. Este poder es ridiculizado, porque los métodos que quienes se burlan quieren usar (y utilizan) son la política y el dinero.

Hace un tiempo leí una tira cómica en la revista *The New Yorker*. Dos 'padres pioneros' estaban navegando en el *Mayflower* y uno le estaba diciendo al otro: "Mi meta inmediata es la libertad religiosa, pero mis planes de largo plazo son las propiedades inmobiliarias". En un sentido, esto es lo que vemos hoy en día. La oración y el poder del evangelio están siendo desplazados por nuestros compromisos con las propiedades, el dinero, la política y todas las demás cosas con las que estamos tan familiarizados gracias a las fuentes seculares.

George Bernard Shaw, el dramaturgo irlandés del siglo diecinueve, vio esto con claridad mucho antes que estos desarrollos tuvieran lugar, diciendo que creía que la religión del futuro sería la política. Esta idea está presente en varias de sus obras. En *César y Cleopatra*, César se convierte en una figura religiosa en esos términos. Está más explícita en *Mayor Bárbara*. Bárbara es un mayor en el Ejército de Salvación, pero en la obra se convierte de la religión del Ejército de Salvación al activismo político. La política es su nueva religión. La política y el dinero.

Me gustaría ilustrar cómo el dinero es equiparado a la obra de Dios. Un pequeño folleto, publicado por la agencia de programas de una denominación, se llamaba "La obra de Dios en el mundo de Dios". Mirando su título cabría suponer que sería un informe sobre lo que se estaba haciendo con respecto al evangelismo, a los servicios sociales, al campo de la misión, al edificio de la iglesia y cosas semejantes. Al abrirlo, leí escrito con gruesas líneas las palabras "Las buenas nuevas". Llegado ese punto uno podría imaginarse que el informe sería algo relacionado con el evangelio. ¿Cuáles eran estas "buenas nuevas", sin embargo? Era que, los resultados de una campaña especial de emergencia de recaudación de fondos había "significado el primer aumento" desde 1967 en los ingresos para la misión. En otras palabras, el "evangelio" era que la iglesia recientemente había recibido más dinero. El folleto luego pasaba a informar lo que se haría con dicho dinero. "En 1975, estos dólares adicionales para la misión han provisto la capacidad para aumentar la fuerza misionera en el extranjero en veinticuatro personas". Maravilloso. Pero si se leía detalladamente, no decía que la fuerza misionera había sido incrementada en veinticuatro personas. Todo lo que decía era que había dinero suficiente para hacerlo, si las personas encargadas así lo quisieran. ¿Lo quisieron? No. En realidad, el total de la fuerza misionera disminuyó ese año, como ya había declinado en el año anterior, y como ha seguido declinando desde entonces. Hoy en día sólo representa trescientas cincuenta personas en una iglesia que tuvo una fuerza misionera de más de dos mil personas.

Un desafío

La historia no termina aquí (aunque el capítulo sí lo haga), porque continuaremos mostrando como los evangélicos tampoco están exentos de esta crítica y por lo tanto no deben sentirse satisfechos consigo mismos. Lo que sí corresponde decir a esta altura es que la situación requiere un esfuerzo mayor por parte del pueblo de Dios. El secularismo eclesial no debería sorprendernos. Ese es el propósito de los versículos que dicen que: "En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Ti 3:1-5).

Esta es la iglesia secular: —que tiene "apariencia de piedad", a veces ni siquiera esto— pero que niega "la eficacia de ella". El desafío para el pueblo de Dios es ser todo lo contrario. Si la iglesia secular emplea la sabiduría del mundo, asume la teología del mundo, los programas del mundo y los métodos del mundo, la iglesia del Señor Jesucristo debe hacer todo lo contrario. Debe emplear la sabiduría de Dios, la teología de las Escrituras, los programas basados en la revelación escrita de Dios y los métodos que nos han sido dados para ejercer en la iglesia hasta que el Señor venga otra vez. Sólo en la medida que la iglesia haga esto podrá afirmar qué hay de bueno en la cultura secular y tener la suficiente autoridad para desafiar lo que está mal.

Notas

1. Harvey Cox, *The Secular City: Secularization and Urbanization in Theological Perspective* (New York: Macmillan, 1965), p. 23. La discusión completa está en las páginas 21-24.
2. *Ibid.*, p. 26.
3. Cox., *The Secular City*, p. 36.
4. Robin Scroggs, "Tradition, Freedom and the Abyss" en *The Chicago Theological Seminary Register*, vol 60, número 4 (mayo 1970), pp. 12-13. Citado por Donald G. Bloesch, *The Invaded Church* (Waco, Tex.: Word Books, 1975), p. 75.
5. John Macquarrie, *God and Secularity, New Directions in Theology Today*, vol 3 (Philadelphia: Westminster Press, 1967), pp. 30, 52. 6. Peter L. Berger, "Needed: Authority", *The Presbyterian Journal*, 20 de octubre, 1971, p. 10. 1

**Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice**

**Tomo 4: Dios y la historia
Parte III: Un cuento de dos ciudades**

15 – LA CIUDAD DE DIOS

LA VISIÓN DE LA CIUDAD DE DIOS EN EL CAPÍTULO 21 DE APOCALIPSIS es una utopía: "Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido" (vs. 2). Pero no es semejante a las utopías concebidas por los seres humanos. La mayoría de las utopías presentan lo que su creador desea que ocurra (*La República*, de Platón, o *Walden*, de Thoreau), o advierten sobre lo que puede ocurrir (*Brave New World* ["Un mundo feliz"], de Huxley, o *1984*, de Orwell). La utopía bíblica es algo que ya ha tenido lugar pero que también tendrá lugar en toda su plenitud cuando Cristo venga otra vez.

En la teología esta perspectiva bíblica singular ha sido expresada por medio de las expresiones "ya" y "todavía no". El reino de Dios ya está en nuestro medio (Lc 17:21). Sin embargo, oramos: "Venga tu reino" (Mt. 6:10).

La visión de la nueva Jerusalén que encontramos en Apocalipsis tiene esta perspectiva. Mientras Juan escribía, estaba pensando en la ciudad que habría de ser. Está caracterizada por la presencia de Dios. "Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y el morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Ap 21:3). Está signada por la santidad. "No entrará en ella ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero" (vs. 27). La muerte, la tristeza y el dolor no tendrán cabida en ella. "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, —ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (vs. 4). Es un lugar de deleite y de satisfacción constantes.

Pero estas cosas ya están presentes en alguna medida en la comunidad cristiana. Dios ya mora con su pueblo en la persona de su Espíritu Santo (Jn 14:16-18). Los cristianos están signados por una medida discernible de santidad (Jn 17:17; 15:3). Tienen tristezas pero no de la misma manera que aquellas personas que no tienen esperanza (1 Ts 4:13). Para los cristianos, el valor del retrato de la ciudad de Dios ideal, que tenemos en el libro de Apocalipsis, es que nos dice lo que ya somos, lo que cada vez más podemos llegar a ser en esta vida y lo que inevitablemente seremos cuando Dios acabe la obra que ya ha comenzado.

El secularismo evangélico

Sin embargo, el lugar para comenzar el análisis de cualquier realización presente de la ciudad de Dios no es con la perfección que ha de venir sino con el reconocimiento de que las personas auténticamente creyentes muchas veces son también bastante seculares.

Al hablar sobre la secularización de la iglesia, en parte, queremos decir que las grandes denominaciones han capitulado ante el sistema del mundo. Es decir, han capitulado en las áreas de la autoridad bíblica, la teología, los programas y los métodos, con el consiguiente resultado que el lugar de los viejos estándares de la iglesia ha sido ocupado por nuevos estándares signados por la misma dependencia a la política y al dinero que caracteriza a las organizaciones seculares. Pero existe también un secularismo evangélico, el cual debe ser enfrentado y erradicado si los cristianos verdaderos han de tener alguna utilidad en el mundo. Es cierto, la iglesia evangélica no ha capitulado de la misma

manera que las grandes denominaciones. Sin embargo, los valores del mundo crecientemente se han forzado un lugar entre nosotros y nos hemos convertido en seculares en algunas áreas, sin estar conscientes de ello. El evangelio está presente, o no seríamos capaces de hablar de iglesias "evangélicas". Hasta cierta medida, la teología también está presente. Pero los valores del mundo, a pesar de todo, han adquirido vigencia en la iglesia. Vemos el secularismo evangélico en el materialismo, las modas efímeras, técnicas más propias de la Avenida Madison, y la indiferencia frente a las realidades y los intereses espirituales.

Muchas personas señalan nuestro materialismo. La revista *World Vision* ("Visión Mundial"), en su edición de enero de 1976, cita a varios líderes evangélicos a quienes se les había solicitado que escribieran sobre la civilización occidental y la misión de la iglesia. La mayoría de ellos, de una manera u otra, criticaron nuestro materialismo. J. C. Douglas, editor del *New International Dictionary of the Christian Church* ("Nuevo Diccionario Internacional de la Iglesia Cristiana"), y editor en jefe de *Christianity Today* ("El Cristianismo Hoy"), escribió: "Nuestra sociedad está invadida por un materialismo todavía más insidioso, donde la prosperidad hace faltar el aire a los cristianos y los deja en desigualdad de condiciones para correr la carrera que tienen por delante". Horace L. Fenton, Jr., director general de la Misión para América Latina, escribió: "En la iglesia occidental lo primero que tendríamos que hacer sería reducir drásticamente e inmediatamente todos los gastos innecesarios—incluyendo todos los programas edilicios elaborados que nos han obsesionado hasta el momento y por tanto tiempo—. Es tanto un pecado para una iglesia como para cualquier cristiano individual el acaparar tesoros en esta tierra". Frank E. Gaebelin, director emérito de *Stony Brook School* y editor general de *The Expositor's Bible Commentary* ("Comentario Bíblico Expositivo"), escribió: "Negativamente, el materialismo creciente en las naciones occidentales más ricas va en detrimento de todo el discipulado cristiano que es esencial para la misión fiel de la iglesia".¹ Cada uno de estos hombres pone el dedo en la llaga, en algo que no es sólo característico de nuestros países o de la iglesia liberal sino que también es característico de los evangélicos.

No se trata de un materialismo filosófico. Un materialismo filosófico sería similar al materialismo comunista. Los evangélicos no están adoptando la filosofía materialista en ese sentido. Hay un argumento negativo que dice que como no somos comunistas, y los comunistas son materialistas, entonces no somos materialistas. Pero esto no es un argumento lógico. Si bien es cierto que no tenemos un materialismo filosófico, si somos sinceros debemos admitir que, sin embargo, tenemos un materialismo práctico, que es contraproducente para la extensión del evangelio en nuestra época.

Segundo, nos hemos secularizado cuando seguimos con tanta facilidad las modas de este mundo. En cierta ocasión tuve una conversación con el doctor Hudson Armerding, entonces presidente de Wheaton College, en la cual conversamos sobre la situación en las universidades, en especial en las universidades cristianas. Le pregunté a Armerding qué era lo que más le molestaba sobre la cultura en las universidades cristianas. Me dijo: "Es el hecho que las universidades cristianas parecen ir siempre detrás del mundo; tienen los mismos intereses, pero siempre un año o dos más tarde". Luego fue más explícito, señalando que cuando la guerra de Vietnam era una preocupación en las facultades seculares, luego se convirtió en una preocupación también de las facultades cristianas, pero varios años después. Cuando la ecología era el tema candente en las universidades seculares, también se convirtió en el tema candente en las universidades cristianas, pero uno o dos años más tarde. Cuando el tema de la liberación de la mujer adquirió vigencia, también se convirtió en un tema vigente en el mundo cristiano, pero nuevamente un tiempo después. Lo que estaba diciendo es que tenemos aquí un caso del mundo conduciendo a la iglesia en lugar de ser la iglesia la que conduce al mundo. Y, ¿qué es esto, si no es la secularización de la comunidad evangélica?

La tercer área en la que vemos el secularismo en nuestras iglesias evangélicas es el enfoque propio de la Avenida Madison con respecto al compromiso cristiano. Vemos esto en ciertas formas estereotipadas de la evangelización. Deseo ser muy cauteloso en este punto, porque sin duda que el mayor problema de la evangelización es no hacerla de ninguna forma. Si un método nos permite reunir a las personas, y la causa es la presentación del evangelio de Jesucristo a quienes nunca lo han escuchado, no está del

todo mal hacerlo, aun cuando el método sea defectuoso. Pero al mismo tiempo debemos reconocer que el secularismo también puede entrar en este campo.

Por ejemplo, a veces se le pide a los cristianos que memoricen una determinada y estereotipada presentación de la verdad cristiana. Esto es algo que en manos de una persona que entiende bien el evangelio puede ser de utilidad. Evidentemente, sirve de ayuda haber pensado de antemano el tipo de preguntas que pueden llegar a ser formuladas y las respuestas que aparentemente serían las más eficaces para la mayoría de las personas. Pero, el presentar el evangelio de una manera rígida, donde las palabras son elegidas cuidadosamente en base a un tipo de encuesta o análisis de la opinión popular, constituye secularismo.

Vemos lo mismo en la manera como el evangelio y los intereses cristianos se venden a nuestros electores; es decir, mediante la publicidad en nuestras revistas, cartas directas, y otros medios similares. En defensa de esto, deberíamos decir que muchas veces, esta es la única manera como los líderes evangélicos parecen ser capaces de despertar el interés de los cristianos. Pero desde la perspectiva del individuo, la postura debida es que él o ella decidan cómo van a utilizar su dinero antes de recibir la solicitud de fondos. Para decirlo en otras palabras, antes de que llegue la solicitud de fondos, cuando estamos arrodillados delante del Señor, preguntarle cómo hemos de utilizar los recursos que él nos ha dado, y luego comprometernos a actuar sobre la base de la guía del Señor, y no necesariamente sobre la base de las ilustraciones sentimentales que aparecen en la carátula de los folletos que recibimos en el correo cuando faltan sólo tres semanas para la Navidad.

Por último, vemos el secularismo en la iglesia evangélica en nuestra gran indiferencia. ¿Indiferencia a qué? La respuesta es: a prácticamente todo y a cualquier cosa que realmente valga la pena. Somos indiferentes al *estado de los perdidos*. Francis R. Steele, director local del Consejo Norteamericano para las Misiones en el Norte de África, ha escrito un artículo para una de las publicaciones de esa misión titulado: "Indiferencia-Compromiso".²

En dicho artículo señala a la indiferencia como el problema número uno en el reclutamiento de misioneros y el sostén de los misioneros. Dice que hay proyectos a corto plazo que son bien recibidos; pero está mermando el número de quienes se deciden a comprometerse a una vida de dedicación misionera por amor a Cristo y de quienes están dispuestos a sostener económicamente a dichas personas. Esto es debido a la indiferencia por parte del pueblo de Dios.

Hay indiferencia frente al *sufrimiento de los pobres del mundo*. En América del Norte estamos tan aislados de los pobres que muy pocas veces vemos un profundo sufrimiento cara a cara. No sabemos lo que significa ver a alguien que está tan hambriento que no puede pensar en otra cosa que no sea su alimentación. Entonces, también somos indiferentes a esas cosas.

Hay indiferencia a las *necesidades de nuestros compañeros creyentes*. Si hay algo que se escucha en la iglesia evangélica de hoy, es que los evangélicos no desean escuchar las penas que hay en los corazones y las vidas de los otros cristianos. No desean ser molestados. No desean escuchar esas cosas porque implican una exigencia; requieren una respuesta, y no estamos preparados para darla. En cambio, deseamos descansar en nuestra propia tranquilidad y riqueza personal.

Hay indiferencia al *vacío de liderazgo en las iglesias*. Hay mucho trabajo para hacer, pero lo más difícil en el trabajo cristiano es encontrar hombres y mujeres que reconozcan esta necesidad y den un paso adelante y hagan lo que es necesario hacer, por la gracia de Dios, con fidelidad y, si es necesario, año tras año y sufriendo privaciones personales. No tenemos este tipo de compromiso. Alguien cierta vez me entregó un pequeño poema sobre el papel del pastor, que terminaba así:

Las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo;
Si la gente no lo hace, lo deberá hacer el pastor.

Pero el pastor no puede hacer todo. Además, si está intentando hacer todo, habrá varias cosas, incluyendo la predicación de la Palabra de Dios, que quedarán enterradas por el camino. Si las personas en la iglesia son indiferentes a las necesidades más patentes y el pastor debe responder en lugar de ellas, toda la iglesia en su conjunto sufre. Todos tenemos un don. Cada uno de nosotros debemos estar dispuestos a utilizarlo para la gloria de Dios.

La siguiente pregunta fue formulada a varios ministros en los círculos eclesiásticos: ¿Cuál es el problema número uno en la iglesia evangélica de la actualidad? "La apatía", dijo un ministro de la Asociación Nacional de Evangélicos. "La falta de disciplina", dijo otro. "Que nada les importa mucho", dijo alguien que estaba involucrado en el escándalo, de Watergate.

La iglesia evangélica debe ser diferente. Estará en el mundo y, en algunas áreas, se identificará con los intereses del mundo. Pero no será del mundo. Sus valores no serán los valores del mundo, y sus prioridades tampoco serán las prioridades del mundo. La iglesia verdadera siempre se esforzará por ser cada vez más lo que es en su esencia: la ciudad de Dios.

Una autoridad, una teología, y prioridades distintas

Deseo sugerir algunas áreas en la que nuestras diferencias deben ser más evidentes. Primero, la ciudad de Dios debe tener bien en claro cuál es su *autoridad*. Una evidencia del secularismo en las grandes denominaciones es que la autoridad bíblica, la autoridad de las Escrituras, ha sido dejada de lado, y se ha impuesto la autoridad del consenso. En la actualidad se realizan cosas en las denominaciones, no porque la Biblia diga que deben hacerse o porque lo dicen los credos, sino porque cincuenta y uno por ciento de nuestros miembros lo dice. Si la iglesia verdadera ha de ser diferente en esta área, debe hacer conocer que lo que hace lo hace porque la Biblia lo dice. Debemos ser hombres y mujeres "del Libro". En teoría lo somos. Reconocemos que nuestros estándares vienen de la Biblia. Pero la mayor parte del tiempo, en la práctica, las iglesias evangélicas funcionan de la misma manera que las demás iglesias.

Debemos recuperar el estándar bíblico. No podemos decir, como lo han dicho los evangélicos tantas veces sobre temas importantes: "Bueno, ese tema en particular me tiene sin cuidado". Este tipo de respuesta no es lo suficientemente buena. En cambio, debemos llegar al fondo de lo que dice la Palabra de Dios. Debemos estudiarla, hacer nuestras tareas domiciliarias, y luego debemos preguntarnos: "Sobre la base de esta Palabra, ¿qué es lo que Dios desea para su iglesia en esta época?"

Tendremos que hacer esto tarde o temprano, de todos modos, porque de lo contrario tendremos que seguir el camino del mundo. La historia no nos permite quedarnos mucho tiempo detenidos en una posición ambigua. Durante el período nazi en Alemania, la iglesia siguió uno de dos caminos: capituló ante el punto de vista nazi (y la mayoría de la iglesia institucionalizada fue lo que hizo), o se convirtió cada vez más en una iglesia del Libro. Quienes vivían de acuerdo con el Libro, eventualmente establecieron una comunión propia. Firmaron documentos identificándose como "la Iglesia Confesante". Hicieron eso porque, cuando la corriente de la sociedad y la cultura es contraria a los estándares bíblicos, es imposible apelar a ninguna norma externa. No es posible decir: "Esto tiene el respaldo de la psicología o la ciencia o las relaciones sociales", porque no lo tiene. Gran parte del material escrito en esas áreas será contrario a la verdad bíblica. Por lo que la iglesia debe volver a la fuente de la revelación divina. ¿Ha hablado Dios en el Libro? ¿Habla? Estas son las preguntas importantes. Si Dios habla, entonces debemos ser claros y decir: "Sea Dios verdadero y todo hombre mentiroso". Las iglesias evangélicas tendrán que recapturar cada vez más esta perspectiva.

Segundo, necesitamos ser distintos en cuanto a nuestra *teología*. Cuando nuestra teología sea distinta, los que tienen hambre de la verdad de la Palabra de Dios vendrán a ella. Vemos evidencia de esto en nuestros seminarios. Recibí un informe de una reunión del Consejo de Seminarios Teológicos de la Iglesia Presbiteriana Unida, en el que se discutían las necesidades de los seminarios de la Presbiteriana Unida — Dubuque, Louisville, McCormick, Pittsburgh, Princeton, San Francisco, y J. C. Smith— y en la que habían estado presentes representantes de dos de los más importantes seminarios evangélicos, Fuller y Gordon-

Conwell. El informe mostraba que estaba disminuyendo la matrícula en los seminarios denominacionales, donde no hay una teología clara y no prima la teología evangélica. Las más bajas eran las de Dubuque; con sólo 111 estudiantes. La más alta era Princeton. En ese entonces tenía 581, si bien ese número recientemente se ha incrementado. Pero para poner estos números en perspectiva debemos reconocer que la matrícula en los cinco seminarios evangélicos más importantes de este país está creciendo y ya supera al conjunto de todos los seminarios Presbiterianos, Fuller por sí solo tenía 1.200 estudiantes en ese entonces.

¿A qué seminarios están yendo los hombres y las mujeres jóvenes de las iglesias Presbiterianas para recibir su entrenamiento? Cuando se realizó dicho informe, 38,4% estaban siendo entrenados fuera de los seminarios Presbiterianos, en Facultades como Trinity, Gordon-Conwell, Fuller, y otras. Este número hoy es todavía mayor. ¿Por qué? Porque estos seminarios tienen una teología diferenciada. La tesis de Dean Kelley, *Why Conservative Churches Are Growing* ("Por qué crecen las iglesias conservadoras"), es que dichas iglesias están creciendo porque saben dónde están paradas y, por lo tanto, sus miembros saben dónde están parados, y se dirigen a ellas. La misma tesis se puede aplicar a los seminarios. Los seminarios crecen por esa misma razón. Son una ilustración de lo que es necesario en la teología.

Necesitamos articular las grandes doctrinas bíblicas, no sólo adoptar la teología de nuestra cultura. Necesitamos hablar de la depravación humana, de la rebeldía de los hombres y las mujeres contra Dios, rebeldía que ha hecho que no tengan esperanza fuera de la gracia de Dios. Necesitamos hablar del amor electivo de Dios, mostrando que Dios entra en la vida del individuo en su gracia, por su Espíritu Santo, para movilizar el entendimiento y atraer la voluntad rebelde hacia él. Necesitamos hablar de la perseverancia, que Dios es capaz de guardar y guarda a quienes atrae a sí mismo. Todas estas doctrinas y las doctrinas que las respaldan deben ser proclamadas. Debemos decir: "Esta es nuestra posición. No adoptaremos su teología. No estamos de acuerdo con lo que escuchamos desde las centrales denominacionales".

Tercero, nuestras *prioridades* deben ser diferentes. Las denominaciones determinan sus programas según los programas del mundo. Pero nosotros debemos decir que nuestras prioridades no serán las prioridades del mundo sino las prioridades establecidas en la Palabra de Dios. Esta determinación no significa que nos despreocuparemos de los problemas sociales. Son parte de la prioridad de la vida cristiana. Pero sí significa que tampoco rechazaremos el evangelio de la salvación mediante la fe en la expiación vicaria de Cristo. Nuestra prioridad número uno será la proclamación del evangelio.

Al final de su libro *The Invaded Church* ("La iglesia invadida"), Donald G. Bloesch pregunta lo que deberían hacer los evangélicos para cambiar al mundo. Responde que lo que se requiere es "un nuevo tipo de hombre". Y da varios ejemplos. Cuando se introduce en el campo del racismo, analiza el problema de este modo:

Para el humanismo secular moderno, incluyendo el marxismo, es posible remover el veneno del racismo mediante la reforma social y la educación. El cristianismo bíblico ve el problema según otra óptica. El enemigo real es el orgullo racial y cultural, no la ignorancia. Y detrás de este orgullo se encuentra la incredulidad, los corazones endurecidos, lo que la Biblia denomina el pecado original... Las leyes son necesarias para proteger a los indefensos, pero sólo alcanza para contener el dique contra el pecado. Es únicamente el evangelio lo que puede quitar al pecado, y esto significa que la solución final al racismo y a cualquier otro mal social es el evangelismo bíblico.³

Cuando determinemos cuáles han de ser nuestras prioridades debemos tener en claro que es aquí donde deberá recaer nuestro énfasis —en el tiempo, en el dinero y en la elección de lo que hagamos y digamos.

Un nuevo estilo de vida

Cuarto, nuestro *estilo de vida* debe ser diferente. Los evangélicos no han estado muy conscientes de esta necesidad hasta tiempos recientes; hemos vivido en una cultura que, si bien no es cristiana, todavía se aferraba en parte a los vestigios de un cristianismo anterior. Nuestros libros contienen leyes porque los cristianos de otros tiempos dijeron que eso era lo que se debería hacer. Seguimos ciertas normas de comportamiento debido a la influencia de estos cristianos que nos precedieron. Todo esto está desapareciendo. Las leyes están cambiando, y todavía habrá de haber más agitación para el cambio en el futuro. Cuando esos cambios tengan lugar, los cristianos deberemos ser diferentes. Deberemos decir que no podemos seguir con las tendencias de los tiempos, con la secularización cada vez más creciente.

Una de las prioridades que debemos determinar corresponde al tiempo. El deporte ocupa mucho tiempo en las vidas de las personas, a través de la televisión como por medio de nuestra propia participación. El deporte se ha convertido en la religión de los Estados Unidos de América. Es lo que muchas personas practican los fines de semana. Incluso algunos evangélicos encuentran que los deportes ocupan tanto de su tiempo que las actividades cristianas quedan desplazadas. ¿No se trata esto de un área en la que debemos decir que la corriente de nuestro día no va en la dirección en la que quisiéramos que fuese? El doctor Anthony Campolo, profesor del Eastern College en Pensilvania, dice que el compromiso con el deporte es la amenaza más seria que enfrentan los Estados Unidos.

También se pasa mucho tiempo frente a la pantalla de televisión, y la mayor parte de ese tiempo no es nada constructivo. En el mejor de los casos es apenas una distracción. Las estadísticas dicen que un estadounidense promedio mira televisión más de siete horas diarias, y estos números posiblemente sean ciertos también en el caso de los cristianos. ¿Vale la pena dedicarle tanto tiempo a la pantalla chica? La Biblia dice: "[Aprovechad] bien el tiempo, porque los días son malos" (Ef 5:16). Esto significa que nuestra vida debe tener valor. Me pregunto cuántos cristianos no se están perdiendo de algo a este respecto y si el desafío de nuestra época no requerirá mayores esfuerzos en estas áreas.

¿Y qué sucede con el uso del domingo? Personalmente, no creo que tengamos que tener leyes matrices. No creo que haya que prescribir cuáles actividades dominicales son apropiadas y cuáles no corresponden. Pero, ¿cómo utilizamos nosotros el día domingo? ¿Vamos a la iglesia? ¿Deseamos adorar a Dios? ¿Nuestro compromiso dominical se limita a sesenta, setenta u ochenta minutos, los domingos por la mañana? ¿Es ese todo el tiempo que deseamos estar junto con el pueblo cristiano? ¿Es ese todo el tiempo que tenemos a disposición para recibir instrucción religiosa?

He notado recientemente que las escuelas públicas crecientemente están programando actividades escolares para los domingos, lo que está teniendo un efecto sobre nuestros hijos. Nuestras escuelas tienen el resto de la semana ocupada. ¿Entonces, qué hacen cuando desean agregar una nueva actividad? Se forma un coro, y necesitan personas para cantar. Hay eventos deportivos, y alguien desea tener más prácticas de entrenamiento. Hay una orquesta, y necesitan tiempo para ensayar. ¿Cuándo lo hacen? Fijan la hora para el domingo de mañana. Las personas cristianas habrán de estar enfrentadas con esto vez tras vez. ¿Son esas actividades más importantes que la asistencia de nuestros hijos a la iglesia? Debemos hacernos esta pregunta. No la podemos eludir. Incluso si implica que no avanzaremos tanto como quisiéramos; incluso si implica que no seamos tan populares como quisiéramos; incluso si implica que nuestros hijos no serán tan populares como quisiéramos —debemos decir: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Jos 24:15).

Cuando hagamos esto tendremos una influencia en el mundo. Conozco de casos en que los padres cristianos les han dicho a sus hijos: "No puedes hacer eso los domingos de mañana; vamos a la iglesia a esa hora". Los hijos han vuelto a sus escuelas y les han dicho a sus maestras: "Sentimos mucho no poder participar; pero nuestra familia va a la iglesia a esa hora". Y las maestras han contestado: "Oh, no sabíamos que alguien hacía eso. Muy bien, cambiaremos la hora, entonces". Es posible obtener victorias, pero debemos mantenernos firmes en nuestras convicciones.

Posiblemente el área más apremiante en la que debemos ser diferentes sea la ética sexual, particularmente con respecto a nuestra concepción del matrimonio y la manera como nos conducimos en nuestro matrimonio. No es fácil tener un matrimonio cristiano en la actualidad. Todo en el mundo parece estar en contra. La principal preocupación de nuestro tiempo es la satisfacción personal, y siempre hay cosas en el matrimonio que no parecen ser personalmente satisfactorias. Deseamos que fuese diferente. Pero la cuestión es: ¿Por qué nos casamos? ¿Nos casamos para obtener la satisfacción personal y nada más? ¿O nos casamos porque creemos que Dios nos ha juntado con nuestra esposa para establecer un hogar cristiano en donde la verdad de su Palabra pueda ser tenida en alto, se puedan mostrar los valores cristianos y nuestros hijos puedan ser educados para conocer la Biblia y vivir según un estilo de vida cristiano? Esto último debe ser la realidad. Además, cuando hablamos debemos hacer notoria esta diferencia entre los matrimonios que son matrimonios cristianos y los matrimonios que son sólo matrimonios en el sentido del mundo.

Recuerdo un matrimonio ficticio que vi en televisión. Estaba curioso por ver cómo los guionistas habían escrito los votos matrimoniales. Los votos son cristianos, como todos sabemos. Me preguntaba: ¿Los usarán porque son los votos tradicionales y no los pueden evitar, o los arreglarán para hacerlos más seculares? En este servicio en particular la pareja prometía "vivir uno con otro y cuidarse mutuamente, hasta que...", y pensé que iban a decir "hasta que la muerte nos separe". Pero dijeron: "Hasta que el amor se acabe". En otras palabras, "Mientras yo la ame, viviré con ella; pero si dejó de amarla, ese será el fin del matrimonio". Puede ser dentro de un año, un mes, o una semana. Este es el punto de vista de los hombres y las mujeres seculares, y es el punto de vista abiertamente expresado hoy en día. Cuando los cristianos se incorporan para tomar los votos, deben dejar bien en claro que sus votos son por vida — "hasta que la muerte nos separe"— porque eso es lo que Dios quiere. Y dentro del vínculo del matrimonio, deben vivir como cristianos.

Finalmente, la ciudad de Dios debe ser diferente en cuanto a la utilización del dinero y de los demás recursos. ¿Cómo utilizamos nuestro dinero? La inflación nos golpea a todos por igual. Pero si comparamos nuestro estándar de vida con el del resto del mundo, somos millonarios. Todos tenemos dinero que podríamos utilizar en la obra del Señor. ¿Somos fieles en esa área? Algunos de nosotros ni siquiera damos el diezmo del Antiguo Testamento, muchos menos nuestra vida y nuestra alma y todo lo que tenemos para ser utilizado como lo desea el Señor.

La dependencia de Dios

He enumerado cuatro áreas en las que necesitamos ser diferentes. Estas áreas se corresponden con las áreas de secularización que señalamos en el último capítulo. Pero debemos agregar un quinto punto. Debemos ser diferentes con respecto a nuestra *dependencia visible de Dios*. Nada menos que esto podrá captar la atención de un mundo secular.

Cuando estuve en las Conferencias de Moderadores que ya mencioné, sucedió algo que fue particularmente revelador. Cuando hablé sobre la humanidad que estaba perdida, recibí una terrible reacción por parte de quienes estaban presentes. Nadie quería escuchar que fuera de la gracia de Dios los hombres y las mujeres están perdidos. Pero todos parecían estar de acuerdo con una doctrina. Esto me sorprendió. Había enfatizado la gracia de Dios al llamar a algunos para la salvación. Dije: "No podemos mover a los hombres; no podemos cambiar al mundo. Si el mundo ha de ser cambiado será a través de Dios, y por esto debemos orar y pedirselo". Estaban de acuerdo con esto tanto como estaban en desacuerdo con la depravación total. Comencé a analizar este punto, y luego de haberlo hecho pude comprender su reacción. Las personas a las que estaba hablando estaban todas comprometidas con las mismas cosas a las que me estaba refiriendo. Estaban trabajando en la arena social — intentando ayudar a los alcohólicos, sirviendo en los guetos, buscando mejorar la situación de muchos—. ¿Y qué había sucedido? Habían buscado mejorar la situación, pero no habían tenido éxito. Entonces, cuando decía que el cambio tenía que ser por la gracia de Dios, sus corazones se hacían eco y decían "Amén". No les gustaba la teología bíblica, pero sabían que el poder de Dios era necesario para que el cambio tuviera lugar.

¿Cómo podemos los cristianos cambiar el mundo? El Señor Jesucristo dio su respuesta en el Sermón del Monte. No dijo que debemos manipular al mundo. No dijo: "Hagan todo lo posible para alcanzar los cargos más altos en el imperio romano. Vean si pueden lograr que un evangélico sea promovido a emperador". Podría suceder, por supuesto. Pero no fue esta la opción que él dio. Dijo: "Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la sal del mundo".

La sal no sirve para nada si ha perdido su salinidad. Sólo cuando es salada es efectiva. Del mismo modo, si somos en quienes el Espíritu de Dios ha trabajado para llamarnos a la fe en Jesucristo; debemos conducirnos realmente como el pueblo de Cristo. Deberá ser evidente que por su gracia no somos los mismos que éramos antes. Nuestros valores no deben ser los valores del mundo. Nuestros compromisos no pueden ser compromisos seculares. Nuestra teología no debe ser una teología diezmada. En cambio, debe haber un nuevo factor en nosotros y, por causa nuestra, también en el mundo.

También somos "la luz". El propósito de la luz es alumbrar, brillar. Por eso el Señor dijo: "Nadie enciende una luz y la pone debajo del almud, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa". Debemos ser los faros en medio de un mundo sumido en la oscuridad. El ser faros no cambiará los contornos escarpados de la costa. Todavía habrá pecado allí. Los peligros de destrucción todavía amenazarán a los hombres y las mujeres. Pero por la gracia de Dios, la luz puede ser un fanal que guíe a los barcos al puerto seguro.

Notas

1. *World Vision*, enero 1976, pp. 8-10.
2. *The Cross*, Otoño 1975, pp. 8-9.
3. Bloesch, *The Invaded Church*, p. 99.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte III: Un cuento de dos ciudades

16 – LA IGLESIA Y EL ESTADO

EXISTEN DOS AMBIGÜEDADES PRINCIPALES EN LAS RELACIONES entre la ciudad de Dios y la ciudad secular. Una es con respecto a la iglesia secular, que ya hemos considerado. Es una ambigüedad evidente porque, aunque la iglesia debería ser sagrada en el sentido de depender completamente de Dios y de su reino, sin embargo está motivada por la autoridad, la teología, los programas y los métodos del mundo. Sólo tiene el nombre de cristiana. La otra ambigüedad tiene que ver con respecto al estado. Plantea un problema porque, si bien el estado es secular y sin duda expresa claramente la tendencia mental de la ciudad secular, ha sido establecido sin embargo por Dios para cumplir con fines beneficiosos y por lo tanto merece el sostén y las oraciones del pueblo cristiano.

La segunda ambigüedad está fundada en las Escrituras. Por un lado, el estado se nos describe como estando dirigido por poderes demoníacos. Pablo nos dice que debemos luchar contra ellos. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef 6:12). En su forma más extrema, el estado está ilustrado como la Babilonia impía cuyo fin será la destrucción (Ap. 18). Es la bestia que sube del abismo (Ap 17). Se nos dice que Cristo por medio de su victoria en la cruz triunfó sobre los poderes que respaldan al estado (Col 2:15). Por otro lado, la Biblia también considera al estado bajo una luz positiva, diciéndonos que "No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas" (Ro. 13:1). Debemos obedecer a dicha autoridad y orar por las personas que la están ejerciendo (1 Ti 2:1-2).

El estado a veces funciona como debería. En otras ocasiones funciona de una manera demoníaca. Bajo las circunstancias normales, la iglesia debe ser agradecida al estado y obedecer sus leyes. Puede hasta considerar al estado como uno de "los medios o instrumentos externos que Dios utiliza para invitarnos a formar parte de la sociedad de Cristo y nos mantiene en la misma", como lo consideró Calvino. (Ese es el título de su cuarto libro en su *Institución*, en el que analiza el papel debido que le corresponde al estado.) Por otro lado, la iglesia debe también estar pronta para desafiar al estado en el nombre de Dios y su justicia, y hasta desobedecer al estado cuando sus leyes entren en conflicto con las leyes de Dios... No siempre es fácil determinar cuál es la situación efectivamente, sin embargo, ya que los dilemas que debe enfrentar un ciudadano cristiano nunca están claramente definidos. Este es el caso hasta con el texto clásico relacionado con la responsabilidad cristiana hacia el gobierno: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios" (Mt 22:21).

El contexto para este principio era una pregunta sobre los impuestos. "¿Es lícito dar tributo a César, o no?" (vs. 17). La respuesta de Cristo fue afirmativa, una respuesta que luego repitió Pablo. "Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra" (Ro 13:7). Pero supongamos que las órdenes del César y los mandamientos de Dios no concordaran. ¿Tendríamos que obedecer a César, argumentando que Dios lo ha puesto por sobre nosotros y que Dios se encargará de las consecuencias de nuestros actos? ¿O deberíamos obedecer a Dios? Incluso el tema de los impuestos no es del todo claro. ¿Qué sucede si nuestros impuestos son utilizados para fines inmorales: para financiar una gestapo, una guerra injusta, la opresión de los no pudientes por parte de los ricos y los privilegiados, o cualquier otra maldad? Sin duda que todas estas interrogantes constituyen dimensiones de esta relación que no son de fácil dilucidación:

La respuesta de Cristo con respecto a los impuestos lo que sí hace es decir que el estado tiene su esfera de acción legítima. Los cristianos deberían ser respetuosos de esta legitimidad, incluso más que otras personas, porque ellos saben que Dios la ha establecido. Los cristianos nunca deben ser completamente pragmáticos en este punto, y mucho menos oportunistas. Nunca pueden con plena conciencia intentar derrocar a un gobierno legítimo simplemente porque preferirían un tipo de gobierno distinto, o distintas personas en el gobierno, y mucho menos porque desean gobernarse a sí mismos. Dentro de una democracia, hay procedimientos legítimos para cambiar a los gobernantes, y estas vías están abiertas a los cristianos. La revolución por su propia causa o por causa de los revolucionarios está excluida.

¿Cuál es la esfera legítima del gobierno? Calvino la consideraba como "el establecimiento de la justicia civil y la moralidad exterior".¹ Planteaba que el reino espiritual de Cristo y la jurisdicción civil eran dos cosas distintas. Sin embargo, esta diferenciación no significa que todo el gobierno esté contaminado; existe para "guardar y proteger la adoración externa de Dios, para defender la sana doctrina de la piedad y la posición de la iglesia, para adaptar nuestra vida a la sociedad de los hombres, para formar nuestro comportamiento social en la justicia civil, para reconciliarnos unos con otros, y para promover la paz y la tranquilidad general".²

John Murray, en un estudio sobre "La relación entre la Iglesia y el Estado", dice que la esfera del gobierno civil "es la de guardar, mantener, y promover la justicia, el orden y la paz".³ Por otro lado, "la tarea de la iglesia es la de proclamar todo el consejo de Dios y, por lo tanto, el consejo de Dios en cuanto incide sobre la responsabilidad de todas las personas y las instituciones... Cuando el magistrado civil traspasa los límites de su autoridad, entonces le corresponde a la iglesia exponer y condenar dicha violación de su autoridad".⁴

Lo que estos hombres están diciendo y lo que las Escrituras también dicen, no es simplemente que la iglesia y el estado representan a dos esferas de autoridad separadas: la que corresponde a Dios y la que corresponde a César. Lo que están diciendo es que la iglesia y el estado están relacionadas una con la otra en cuanto ambas han sido establecidas por Dios, sus intereses comparten determinadas áreas y son en último término responsables ante el mismo Soberano divino.

Esta relación se aclara más cuando consideramos la comparecencia del Señor Jesucristo delante de Pilato en el momento de su crucifixión, La situación en sí misma es significativa. Jesús, la cabeza de la iglesia, estaba compareciendo delante del principal representante del gobierno humano en Palestina. El asunto del juicio era determinar si Jesús, un "rey", mantenía una relación correcta o incorrecta con César.

En la primera parte del juicio, surgió el tema del reinado de Cristo y fue rápidamente desestimado por Pilato. Entendía, correctamente, que el reino de Cristo "no era de este mundo" (Jn 18:36) y por lo tanto no representaba una amenaza a su gobierno legítimo.. Pero el asunto no se agotaba en ese punto. Los acusadores de Cristo persistían, argumentando que Cristo debía morir porque se llamaba "el Hijo de Dios" (Jn 19:7). Pilato, intrigado y posiblemente hasta algo alarmado por esta nueva línea de la acusación, reabrió el examen. "¿De dónde eres tú?", le preguntó. Cuando Jesús no le respondió (Pilato no estaba calificado para interrogarlo sobre un tema que era claramente espiritual), el juez romano le increpó: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?" (vs. 9-10).

Jesús le respondió: "Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene" (vs. 11). Esta es una afirmación extremadamente importante con respecto al papel que debe jugar el estado, porque demuestra que la autoridad de los gobiernos humanos no proviene de algo intrínseco a ellos mismos, sino que proviene de Dios. Es una autoridad delegada. En consecuencia, siempre estarán presentes los temas de la responsabilidad y el pecado del gobierno.

Para entender todo el significado de esto necesitamos combinarlo con las palabras de Cristo con respecto a Dios y a César, que mencionamos anteriormente. Sugieren cuatro opciones posibles con respecto a la autoridad legítima:

- Dios por sí solo como la única autoridad y la autoridad de César negada,
- César solo como la autoridad con la autoridad de Dios negada,
- La autoridad de Dios y de César juntamente pero con César ocupando la posición dominante, y
- La autoridad de Dios y de César juntamente pero con Dios ocupando la posición dominante.

Dios solo

La primera posición, Dios solo, es una que algunos cristianos han adoptado en algunos momentos de la historia. En la iglesia primitiva había personas llamadas anacoretas que se dirigían al desierto, se aislaban de todo tipo de contactos sociales y vivían enteramente para Dios. A partir de aquel movimiento primitivo surgió el monasticismo. En nuestro tiempo vemos una respuesta similar entre algunos Protestantes evangélicos. Creen que la comunidad cristiana debería estar tan separada de la esfera secular que los cristianos individuales no deberían actuar en la política ni votar en las elecciones, tienen amigos exclusivamente cristianos, trabajan para compañías cristianas y, en general, no tienen ningún contacto con este mundo. Es una manera de decir que la autoridad del estado es ilegítima.

Pero Cristo no compartía esta posición. Cuando le dijo a Pilato que Su autoridad —la palabra es *exousia*, en lugar de *dynamis* o *kratos*, que significa "autoridad"— provenía de Dios, estaba legitimando dicha autoridad y mostrando por su conducta en el juicio que sus discípulos también tenían que reconocerla. Jesús respetaba el gobierno de Pilato. Le contestó a Pilato con cortesía y nunca sugirió que Pilato no tenía autoridad para pronunciar un juicio sobre él. Pilato pronunció el juicio equivocado, como sabemos. Pero tenía autoridad para hacer dicho pronunciamiento. Su autoridad provenía de Dios. Jesús no sugirió que dicha autoridad le debía ser quitada, aun cuando sabía que Pilato estaba por cometer el gran error de condenar al Hijo de Dios.

Nuevamente debemos enfatizar que los cristianos deben estar sujetos a las autoridades puestas sobre ellos. Hay algunos límites, como ya veremos. Pero debemos comenzar con el hecho de que los cristianos deberían ser ciudadanos modelo. Lamentablemente, suele ser el caso que los cristianos no respetan a las autoridades —los representantes que han sido elegidos, la policía y otros- y esto conduce naturalmente a una actitud muy blanda con respecto a la obediencia debida. Esto no debería ser el caso. En realidad, deberíamos ser muy escrupulosos al obedecer los límites de velocidad y otras leyes civiles. Juan Calvino tenía un temor justificado de la anarquía debido a los problemas de su propio tiempo. Al advertir en contra de ella, escribió que la obediencia también le correspondía a los gobernantes malvados. "No sólo debemos estar sujetos a la autoridad de los príncipes que desempeñan su función con justicia y rectitud, tal como debieran, sino que también debemos sujetarnos a la autoridad de quienes, por cualquier medio, han tomado el control de los asuntos, aunque no cumplan con ninguno de los deberes que le corresponde a un príncipe".⁵

¿Hay límites? ¿Qué debemos hacer si el rey es un rey muy malvado, o si el presidente es un presidente muy malo? Sí, existen límites. Por lo tanto, aunque debemos ser muy cuidadosos para rendir la obediencia debida a quienes están en autoridad (lo que implica obedecer más de lo que desearíamos), no debemos hacer nada que sea contrario a los mandamientos expresos de Dios en las Escrituras o que se oponga a los estándares de moralidad que surgen de las Escrituras, aun cuando se nos ordene hacerlo.

En este punto es donde debemos traer a colación la segunda parte de la afirmación de Cristo. Después de instruir a Pilato con respecto a la fuente primaria de su autoridad, Jesús continuó hablando sobre el pecado. "Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene" (Jn. 19:11). Si a Pilato solo le hubiera sido dado el poder, sería imposible hablar del pecado como intrínseco al ejercicio del poder —

como es imposible hablar del pecado con respecto a un gato que mata una rata o al virus que mata a otro virus—. Pero como a Pilato se le otorgó autoridad, el asunto es completamente distinto. La autoridad, cuando es conferida por otro, necesariamente implica la responsabilidad frente al que la confirió; y la responsabilidad, cuando no es ejercida como corresponde, involucra el pecado contra la persona que la confirió. En otras palabras, la autoridad sirve para enriquecer al gobierno humano, pero también le determina los límites. Es una autoridad limitada por la naturaleza moral de Dios, que es quien la otorga.

Un límite bíblico a la obediencia debida a la autoridad humana tiene relación con la *predicación del evangelio*. Este es un deber cristiano, basado en el mandamiento explícito de Jesús (Mt 28:18-20). Cuando las autoridades requieren otra cosa distinta, los capítulos cuatro y cinco de Hechos nos ilustran sobre cuál habría de ser nuestra respuesta. Los discípulos habían estado predicando y haciendo milagros, lo que había creado una conmoción tal que habían sido traídos a la presencia del concilio de Jerusalén. Las autoridades examinaron a los discípulos, en este caso, a Pedro y a Juan. Después, como el milagro de sanar al paralítico era tan evidente y los gobernantes no tenían manera de negarlo, intentaron arreglar el asunto ordenándoles a los discípulos que se mantuvieran callados. Pedro y Juan respondieron: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hch 4:19-20).

Los apóstoles fueron amenazados, pero continuaron predicando y pronto volvieron a ser arrestados. Las autoridades volvieron a interrogarlos y les dijeron: "¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre" (Hch 5:28). Pedro les respondió: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen" (Hch 5:29-32).

Este incidente nos muestra que los cristianos deben dar prioridad a la predicación del evangelio y no deben dejar de predicar aunque las autoridades civiles les ordenen callar. Un segundo límite bíblico a la obediencia debida a las autoridades humanas está relacionado con el *comportamiento y la moral cristiana*. Ningún gobierno tiene derecho a ordenar a los cristianos a realizar actos inmorales o no cristianos. Durante el nazismo, los cristianos en Alemania debieron enfrentarse con un estado diabólico y con sus prácticas abiertamente en contradicción con el cristianismo y hasta inhumanas. Los ciudadanos alemanes recibieron órdenes de no tener ningún trato con los judíos. No debían realizar transacciones comerciales con ellos, no debían tener amigos judíos y no debían reconocerlos de ninguna manera.

Algunos se opusieron a estas monstruosidades. Un alemán que se opuso fue Martin Niemoeller quien, por predicar la verdad, fue encarcelado. Dice la historia que otro ministro lo visitó en la prisión y trató de convencerlo para que se mantuviera callado con respecto a ciertos temas y que respetara al gobierno, de ese modo sería puesto en libertad. "Y, entonces", concluyó diciendo este ministro, "¿por qué permaneces en la cárcel?"

"¿Por qué no estás tú en la cárcel?", le respondió Niemoeller.⁶

La conducta de Niemoeller era la conducta correcta. Con su silencio, el ministro que lo visitaba estaba ayudando a mantener una mentira e, indirectamente, promoviendo un régimen demoníaco.

En este país, los cristianos deben hablar en contra del racismo, la corrupción en el gobierno y en las grandes corporaciones multinacionales, la discriminación sexual y etaria, y otros males. Deben negarse firmemente a participar de ninguna de estas cosas, incluso si un gobierno o un superior en el trabajo se los ordena.

César solo

La segunda de las cuatro opciones es la que eligen la mayoría de los secularistas y hasta, en ocasiones, algunos que se llaman a sí mismos cristianos: la opción por la sola autoridad de César. Es la opción más peligrosa. Encontramos su expresión en el juicio de Jesús cuando los principales sacerdotes le dijeron a Pilato: "No tenemos más rey que César" (Jn 19:15). En esta opción Dios, que es el último freno a los gobernantes impíos, es alejado del panorama y, por lo tanto, no es posible recurrir a él. Aun bajo el peor de los tiranos, si Dios entra en el cuadro, al menos es posible apelar a él para recibir ayuda, y las injusticias pueden ser corregidas. Pero si Dios desaparece, no queda nada, excepto los caprichos y la crueldad humanas.

Sin Dios en el cuadro, César no tiene ningún freno, y César requiere un freno. En los Estados Unidos de América reconocemos esto secularmente. Hemos desarrollado un sistema de limitaciones y equilibrios en los que cada rama del gobierno ejerce un control sobre la otra. El Congreso redacta las leyes que gobiernan a los ciudadanos; pero la rama judicial puede declarar inconstitucionales a dichas leyes. El presidente designa a los jueces de la Suprema Corte de Justicia; pero el Congreso tiene autoridad para interpelar al presidente. El presidente puede iniciar varios programas; pero el Congreso debe financiarlos. Reconocemos la necesidad de limitaciones y equilibrios en el nivel secular porque sabemos por experiencia que las personas en el poder no son dignas de confianza. Si esto es cierto en un nivel humano, mucho más cierto es en un nivel cósmico. La voz unificada de los gobernantes no puede ser la última palabra. Dios tiene la última palabra. Si abandonamos a Dios, quedamos a la merced de nuestros gobernantes.

Segundo, sin Dios en el cuadro no tenemos ningún medio seguro para conducir a un gobierno correctamente. Necesitamos frenos para evitar que el gobierno se convierta en su propia ley y que, por lo tanto, abuse y tiranice a los gobernados. Pero supongamos que el gobierno no es tiránico. Supongamos que funciona bien. No obstante ello, de todos modos necesita a Dios. Sólo de parte de Dios recibimos un sistema de moralidad y de sabiduría que trasciende los nuestros.

En la actualidad, en los Estados Unidos de América, algunas personas están intentando quitar cualquier vestigio de religión de la vida nacional. Se argumenta que el gobierno no debe legislar sobre la moralidad. ¿Pero qué es lo que debe hacer el gobierno si no ha de legislar sobre la moralidad? Cuando el estado se desarrolla y establece leyes contra los homicidios, ¿qué tipo de legislación es esta si no una legislación sobre la moralidad? Es la manera que el estado tiene de decir: "Estamos todos de acuerdo que la vida es algo valioso y que no puede ser quitada". En este aspecto, el estado está afirmando el sexto de los Diez Mandamientos. Cuando el estado emite las leyes contra los hurtos y los robos, está haciendo suyo el octavo mandamiento. Lo mismo es cierto con respecto a los requisitos para los matrimonios legales, los contratos, las negociaciones laborales, y así en cientos de otras áreas. En cada una de estas áreas el estado está teniendo injerencia en la moralidad. El único punto en disputa es el tipo de moralidad que ha de seguirse. Los cristianos, con firmeza, debemos recordarle al estado que debe buscar la sabiduría de Dios en este tema.

César dominante

La tercera opción es aquella en que Dios y César juntamente ejercen la autoridad pero César es quien domina. Es la opción de los cobardes. Si la autoridad de Dios debe ser reconocida de algún modo, es evidente que deberá ser suprema. Quienes se inclinan por César lo hacen generalmente sólo por temor.

Este era el caso de Pilato. Pilato no quería condenar a Jesús. Primero, lo pronunció inocente. Luego intentó liberarlo haciendo uso de diversos recursos: enviándolo a Herodes, sugiriendo que era preferible dejarlo libre a él en lugar de dejar libre a Barrabás, haciéndolo flagelar y luego exhibiéndolo públicamente para que la muchedumbre se apiadara de él. Incluso después que no tuvo éxito con

estos recursos, todavía intentó absolverlo. "Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone" (Jn 19:12).

Si Pilato no quería condenar a Jesús a la pena de muerte, ¿por qué eventualmente lo hizo? La respuesta está en este versículo. Los líderes judíos amenazaron con denunciarlo a César con el resultado que Pilato, que temía, dicha denuncia más que ninguna otra cosa, capituló.

Pilato es visto aquí en su estado más menospreciable, si bien también es un estado lastimero. Pilato era el gobernador. Hablaba en nombre de César y tenía a las legiones de César a su disposición para hacer como él les ordenara. Sin embargo, esta persona que no tendría que haber temido a nadie, estaba llena de temor, y fue así que sus fuerzas le fallaron en el mayor encuentro moral de su carrera. ¿Qué era lo que temía este gobernador? Tenía temor a tres cosas.. Le tenía temor a *Cristo*. Se nos dice que después que Pilato había escuchado que Jesús decía ser el Hijo de Dios "tuvo más miedo" (Jn 19:8), y se propuso dejarlo libre. Sin duda que no se trataba del tipo de reverencia sagrada que un seguidor verdadero del Señor tendría hacia Cristo. Pero era un temor verdadero... Pilato creía que Jesús posiblemente era algo más que un simple hombre, quizás uno de los dioses en parte humanos y en parte divinos de la antigüedad griega y romana, y que el destino podría volverse en su contra si no juzgaba con rectitud.

Pilato le tenía miedo a la *gente*. Por supuesto, no los apreciaba. En todos sus tratos con los judíos siempre mostró sus desdén hacia ellos y hasta su odio. Sin embargo, conocía el poder que tenían y temía que se unieran en contra suya. Si no hubiese tenido miedo de la gente, habría dejado a Jesús en libertad y no habría hecho ningún intento por pacificarlos.

Pero, lo más significativo, Pilato le tenía miedo a César. Y con razón. La naturaleza sospechosa de Tiberio César era bien conocida, y Pilato ya había tenido otros enfrentamientos con los judíos en los que no había salido muy bien parado. ¿Qué pasaría si César no aprobaba la manera como había actuado en esta ocasión? ¿Qué pasaría si los judíos enviaban una delegación a César diciéndole que Pilato se había negado a condenar a alguien culpable de alta traición? Si Pilato hubiese poseído un registro limpio, posiblemente habría podido subestimar una amenaza basada sobre cargos falsos. Pero su registro no estaba limpio, y es posible que Pilato hubiera perdido su posición y hasta su vida si permitía que dicha acusación fuera hecha. (Varios años después, Pilato fue retirado de su puesto por el procónsul de Siria y fue desterrado a Francia).

El fracaso de Pilato sugiere las respuestas a las preguntas planteadas. Pilato era un hombre miedoso. En consecuencia, le resultaba imposible obrar con justicia y hasta cayó tan bajo como para pronunciar su sentencia sobre el Hijo de Dios.

Dios dominante

La cuarta opción es la correcta: la autoridad de Dios y de César se dan juntamente pero Dios ocupa la posición dominante. Esta posición es básica en las palabras de Cristo: "Ninguna autoridad tendrás contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene". Desde esta posición, el cristiano en un sentido puede desmitificar al estado, recordándole las limitaciones obvias que tiene su poder y lo absurdo de alguna de sus pretensiones. Jacques Ellul hace esto en *The Political Illusion* ("La ilusión política").⁷ Considera que los reclamos contemporáneos que se le hacen al estado para que resuelva nuestros problemas más básicos es el colmo de la insensatez y requiere que las personas como individuos resistan esta intromisión cada vez más intensa en sus vidas. Los cristianos también pueden recordarle al estado de las responsabilidades que ha recibido de lo alto y sobre el hecho que en última instancia tendrá que rendir cuentas a Dios.

En pocas palabras, los cristianos debemos temer a Dios más que a los hombres y debemos dejar bien en claro que esto es lo que hacemos. Para hacer esto eficazmente deben cumplirse tres requisitos: Primero, los cristianos como individuos deben estar convencidos que Dios es verdaderamente el soberano en los asuntos humanos, incluso en los asuntos de estado. La mayoría de los cristianos saben esto, por supuesto, porque la Biblia así lo enseña. Pero esta verdad debe estar bien enraizada en sus mentes para que puedan confiar realmente en Dios llegado el momento.

Daniel fue una persona que pudo ejercitar este tipo de confianza. Sabía que Dios era soberano. Cuando Dios le reveló el sueño de Nabucodonosor sobre la estatua de oro, plata, bronce y hierro, Daniel respondió alabando a Dios con estas palabras: "Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos" (Dn 2:20-21). Pero además de conocer esta verdad intelectualmente, Daniel también la conocía por su propia experiencia y no tenía miedo de expresar sus convicciones. Cuando fue tentado para abandonar su adoración a Dios por un período de treinta días, bajo la amenaza de ser echado en una fosa de leones, él resistió la intromisión del estado en sus obligaciones religiosas. Despreció sus decretos.

Sabemos que Dios guardó a Daniel de los leones, como antes había guardado a sus tres compañeros del horno de fuego. Pero el hecho de que Dios lo librara a él y a los otros no era conocido por Daniel cuando hizo su decisión moral. Lo que le dio la capacidad para tomar dicha decisión, en particular cuando había tantos argumentos plausibles que podrían haber sido esgrimidos para que se sujetara, fue la confianza en un Dios soberano, delante de quien hasta el poderoso Nabucodonosor era responsable. Daniel creyó que en última instancia sería Dios y no Nabucodonosor quien tendría la situación bajo control.

Un segundo requisito para una posición cristiana efectiva contra el estado es un conocimiento completo y perceptivo de las Escrituras por parte de los cristianos como individuos y por parte de los cuerpos eclesiásticos. La razón de este requisito es que las situaciones no siempre están en blanco y negro. Suelen ser grisáceas. El reconocimiento de la soberanía de Dios y la voluntad de confiar en él no siempre son suficientes. Una persona puede tener la mejor disposición para hacer lo correcto y confiar en Dios con respecto al resultado pero puede no saber cuál es la línea de acción correcta. La única manera como es posible conocer lo que está bien en dichos momentos es por medio de la enseñanza del Espíritu de Dios a través de las Escrituras.

Incluso es posible que todavía entonces algunas áreas permanezcan ambiguas. Uno de estos temas es el relacionado con el pelear durante el tiempo de guerra, y es un tema que ha dividido a los cristianos. Las respuestas para las cuestiones sobre el aborto a demanda, la prolongación artificial de la vida, la defensa legal de los criminales, la pena de muerte, las actividades encubiertas del gobierno, y sobre otras cuestiones similares, no siempre son tan evidentes como quisiéramos. Pero sin la Biblia no hay respuestas seguras. Ese es el punto clave. En consecuencia, no existe ningún sustituto (ni siquiera para el cristiano más ocupado) para el estudio de la Biblia y para la búsqueda consciente de sujetar nuestras vidas y nuestros pensamientos a sus preceptos.

Si no hacemos esto, corremos serio peligro. Cuando Jesús le habló a Pilato recordándole sobre su pecado, utilizó la palabra "mayor". Aunque el pecado de Pilato era grande —estaba pecando contra su conciencia ya que había pronunciado a Jesús como inocente— el pecado de los líderes religiosos era todavía mayor. Estaban pecando por causa de sus corazones llenos de odio y contra sus propias leyes que deberían haber protegido a Jesús. Podría ser que hasta el pecado de Judas era el mayor de todos, ya que había estado muy cerca de Jesús y por lo tanto era quien más lo conocía. Esta comparación sirve para enseñar que el mayor peligro no radica en el estado, sino en quienes están más cerca de las cosas espirituales. Otros pueden pecar por ignorancia o descuido o cobardía. Pero las personas religiosas suelen pecar por arrogancia u orgullo u odio empedernido hacia Dios y la verdad de Dios — aun cuando crean que están siendo muy morales.

Los cristianos deben seguir la verdad que proclaman. No es suficiente llevar el nombre de cristianos. Esto, de por sí solo, no nos proveerá de una iluminación superior sobre la moralidad ni de ningún punto de referencia desde el cual hablar en contra o desobedecer al gobierno que Dios ha instituido. Sólo podremos hacer eso en la medida que respondamos, en ocasiones con dolor, a la voz de Dios que nos llega a través de las Escrituras. Entonces habremos sido aferrados por una autoridad que no es inferior a la del estado (es decir, nuestra propia autoridad), sino por una autoridad superior, la autoridad suprema e infalible de Dios.

Hay un tercer requisito para saber qué es lo correcto y actuar en conformidad, aun cuando estemos confrontados con una afirmación en contrario proveniente de una presión social fuerte. Necesitamos estar dispuestos a rendirnos. Es bastante posible haber seguido los primeros dos pasos recién sugeridos — creer y confiar en que Dios es el soberano en los asuntos humanos y estudiar la Biblia de manera tal que sabemos qué es lo correcto— y, sin embargo, fallar en el momento crucial, simplemente porque el curso de acción apropiado tiene un costo demasiado elevado.

Esto, después de todo, fue el motivo del fracaso en el caso de Pilato. No podemos decir que Pilato realmente creyera en la soberanía de Dios, pero creía en algo que se le asemejaba —el poder de los dioses, o alguna forma de retribución final—. De lo contrario; no habría tenido miedo cuando Jesús dijo ser el Hijo de Dios. No podemos decir que conocía los estándares morales del Dios verdadero como están revelados en la Biblia, porque sin duda nunca había leído la Biblia. Pero, no obstante, sabía qué era lo correcto en dicha situación, pero hizo lo contrario. ¿Por qué? Si no era por temor a Dios y no era por no saber qué era lo correcto, sólo puede haber sido debido a su no disposición a poner en juego su cargo oficial. Resulta claro que lo que más valoraba era su puesto. Pilato se vio obligado a elegir entre lo que estaba bien y lo que el mundo quería. Y cuando la opción fue clara, no titubeó en elegir al mundo y su recompensa.

A diferencia de Pilato, pienso en Aleksandr Solzhenitsyn, el escritor ruso que estuvo injustamente recluido en el notorio sistema carcelario de la Unión Soviética por once años y lo sobrevivió para contarlo en *El archipiélago Gulag*. Vio el sufrimiento como muy pocas personas libres lo han visto. Vio las prácticas deshumanizadoras de los guardias soviéticos y las prácticas igualmente deshumanizadoras de algunos de los prisioneros. Vio como algunos prisioneros eran doblegados y como otros se hacían cada vez más fuertes. Pregunta: "Entonces, ¿cuál es la respuesta? ¿Cómo es posible ser fiel a las convicciones propias cuando uno está débil y muy sensible al dolor, cuando las personas que amamos todavía viven, cuando no estamos preparados? ¿Qué es lo que se necesita para ser más fuertes que el interrogador y la trampa?",

Solzhenitsyn respondió:

Desde el primer momento que uno ingresa en la prisión debe estar dispuesto a dejar atrás todo el pasado cómodo de uno mismo. En el mismo umbral, uno debe decirse a sí mismo: "Mi vida terminó, un poco temprano, es cierto, pero no hay más nada para hacer al respecto. Nunca he de regresar a la libertad. He sido condenado a muerte —ahora o un poco más tarde—. Pero más adelante, es verdad, será todavía más difícil, y entonces cuanto más pronto, mejor. No tengo ningún tipo de propiedad. Para mí, quienes amo han muerto, y yo he muerto por ellos. A partir de hoy, mi cuerpo ya no sirve y me es ajeno. Sólo mi espíritu y mi conciencia todavía me resultan preciosos".

Frente a tal prisionero, el interrogatorio temblará.

Sólo el hombre que ha renunciado a todo puede obtener esa victoria.⁸

Solzhenitsyn ha enunciado un gran principio cristiano. Debemos estar dispuestos a renunciar a todo si hemos de ser los discípulos de Cristo. En el fragor de la batalla debemos estar dispuestos a dejar de lado todas las recompensas materiales.⁹

Notas

1. Calvin, *Institutes*, vol. 2, p. 1485.
2. *Ibid.*, p. 1487.
3. John Murray, "The Relation of the Church and State" en *Collected Writings*, vol. 1: *The Claims of Truth* (Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1976), p. 253.
4. *Ibid.*, p. 255.
5. Calvin, *Institutes*, p. 1512.
6. Donald Grey Barnhouse, *God's Discipline* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1958), *The Epistle to the Romans*, vol 9, pp. 106-7.
7. Jacques Ellul, *The Political Illusion*, trad. Konrad Kellen (New York: Vintage Books, 1967).
8. Aleksandr I. Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago, 1918-1956: An Experiment in Literary Investigation*, I-II (New York: Harper & Row, 1973), p. 130.
9. Extensas secciones de este capítulo están basadas en los estudios sobre la comparecencia de Cristo frente a Pilato, publicados en Boice, *The Gospel of John*, vol. 5.